

SEMANARIO POLITICO
SE PUBLICA LOS JUEVES
Redacción y Administración:
ALBERTO AGUILERA, NÚM. 32
Número suelto 10 cts.

EL MOTÍN



SUSCRIPCIÓN
Madrid, 1,50 pta. trimestre; Año 5
Provincias, 1,80 trimestre; Año 6
Ultramar y Extranjero: Año 10
PAGO ADELANTADO
Corresponsales: 25 números 1,50

Año XXX

Madrid, Jueves 27 de Enero de 1910

Núm. 3



Predicando el exterminio de los liberales de hoy, sobre los cráneos de los de ayer.

Pueblo y Ejército

El sábado entró en Madrid la brigada de Cazadores que ha operado en Africa. Y este pueblo, casi todo en la calle, honró, cual se merecía, á todo el Ejército y la Marina en ella.

Unidos y mezclados todos, los vivos y los aplausos se mezclaban con los abrazos, los besos y las lágrimas. Fué aquello algo muy grande, expresivo y simbólico, y todo eso disgustó profundamente á las clases conservadoras.

¡No entrar las tropas en formación correcta, con las músicas al frente, en desfile que distrajera al respetable público! ¡Horror! ¡Qué perturbación social! ¡Qué cataclismo planetario! ¿Para qué sirven los soldados sino para eso, y para morir, unas veces en defensa de la patria, y otras sin explicarse el por qué?

Por esto han caído como fieras sobre el gobierno todos los egregios de la Deserción, la Traición, la Delación y la Explotación, acusándolo de no sé cuántos crímenes, dignos cada uno de cien horcas.

Y por esto se han hartado de aplicar calificativos deshonrosos á los habitantes de Madrid (el de turbas es el que más han empleado), lo mismo los condes de la Pluma Vendida, el Cuerno Irredimible, el Agujero Productivo, que los marqueses de la Memez Ingénita, la Ignorancia Prehistórica, el Cerebro Adoquinado, que los duques de Unate, Ganzúa, y Agarra, haciéndoles coro, como ocurre siempre en estos casos, todos los lesionados moralmente, intelectualmente y físicamente, que tanto abundan hoy en esta tierra bendita de aristócratas inmorales, catedráticos neos, y hermanos Flaminios.

Bien mirado, se explica su rabia; todos los esfuerzos que vienen empleando para separar al Pueblo del Ejército, resultan completamente inútiles; el uno es del otro, como el otro es del uno, carne de su carne y huesos de sus huesos; por esto se unen ansiosos y delirantes de entusiasmo en los momentos supremos y se abrazan y se besan.

Y ¡ay de toda la basura nacional el día que, cansados ambos de soportar vergüenzas, se concierten para barrerla de una vez! Resurgirá aquel día la España del porvenir alumbrada por el sol de la justicia.

Convengamos en que tienen razón para temer... Dejémosles, pues, gritar. El instinto de conservación se impone lo mismo al hombre que al clerical.

Y hago esta distinción, porque el que renuncia á pensar por su cuenta, no es hombre para mí.

Vulgarizaciones históricas

Acaba de ponerse á la venta este libro al precio de 1,50 pesetas en la redacción

de *El País*, la de *El Motín*, y las principales librerías; baratura inconcebible, pues está muy bien editado y tiene 270 páginas.

Lleva un Prólogo de Galdós y un Epílogo de Nakens. El Epílogo dice así:

«No fui jamás partidario de escribir prólogos ni epílogos, para no verme en el desagradable trance de faltar á la verdad por puro compromiso; mas como yo aplaudí las *Vulgarizaciones históricas*, espontáneamente, antes de saber quién era su autor, y creo que la lectura de este libro es útil para la propaganda antimonárquica, hago ahora lo que cien veces me negué á hacer.

No me mueve á escribir estas líneas, ni la persona que de mí las solicita, ni la antigua amistad que con ella me une, sino la materia de que el libro trata y el propósito que persiguió su autor.

Nada me importa el que las *Vulgarizaciones* estén bien ó mal escritas, el que el libro, desde el punto de vista literario, sea bueno ó malo: me basta con que hieira y deje maltrecho al enemigo que el autor se propuso atacar. Los militantes de una idea, los propagandistas de una causa, sea ésta la que fuere, más bien que con una pluma, me gustaría que escribiesen con una lanza.

¿Fué el móvil noble? ¿Fué el empuje brioso y la brecha abierta grande? ¿Se dolió el contrario del golpe, y se entusiasmó el amigo con el ataque? Vayan, pues, mis aplausos calurosos para el artículo ó el libro que tales cosas consiga.

¿Es el estilo, de la obra de ideas, limpio, puro y castizo, los párrafos musicales, las imágenes brillantes y los tropos floridos? ¿Está escrita con la que llamó Kant *prosa en delirio*, pero en ella se dicen las cosas con tímidos eufemismos, se pega con vaselina y se grita á media voz?

¡Ah! Pues entonces, para mí, es una pura música celestial.

No están los tiempos para que los periodistas republicanos se extasien con *preciosismos*, sino con las verdades rudas, el hablar sincero y el gritar fogoso de la pasión, sin que esto quiera decir que el arte esté demás ni aun en las noticias periodísticas.

Muchos de los artículos que componen este volumen fueron denunciados por el gobierno conservador de Maura. Uno de ellos, que se publicó en hoja suelta y como extraordinario de *El País*, el que lleva el título de *Como acaban las dinastías*, fué, en las calles, arrancado violentamente de manos de los lectores, y los que vendían la hoja, perseguidos con saña por los guardias de Orden público y agentes de la policía secreta. El que se titula *El rey del labio caldo* mereció los honores de que su denuncia fuese discutida en el Congreso.

Los frecuentes secuestros que padeció *El País* por la publicación de las *Vulgarizaciones*, provocaron en la prensa honrada una general protesta y en los republicanos felicitaciones que llenaron varias columnas del colega. Por excitaciones de la prensa republicana se da á luz

el libro, y todo esto me excusa á mí de hacer su elogio, si por acaso fuese ésta la tarea, que no lo sé, de los que escriben prólogos y epílogos.

Con gusto veré mi nombre en la portada de esta obra, á cuyo autor estimo en mucho como amigo, correligionario y periodista.»

Correligionarios, comprad este libro; el mejor de propaganda republicana que se ha publicado.

¿Cuándo se abren las escuelas laicas?

¿Por qué se cerraron?

El partido conservador, por presión del Vaticano, representado por *Defensa social*, cerró las escuelas neutras ¿por ser españolas?, dejando las anticatólicas protestantes ¿por ser extranjeras?

¿Por qué fueron cerradas las escuelas laicas y las *Escuelas Modernas*?

El fiscal de Ferrer negó de un modo particularísimo que en el proceso se persiguiese al maestro *tendencioso*, y que sólo se perseguía al autor presunto de la sedición y revuelta de Cataluña.

¿Por qué fueron, pues, cerradas las escuelas?

¿Por qué continúan cerradas?

¿Quién habrá de abrirlas?

Llamamos la atención de quien proceda sobre la conclusión práctica que se deja á la prudencia como único camino:

Poner las escuelas neutras de España bajo pabellón extranjero, para garantizar el libre funcionamiento dentro de las leyes nacionales.

El instinto de conservación esto dicta.

¡Por el honor de la Patria, gobernantes!

Mirad el abismo en que estamos cayendo.

Eugenio Noel

Sigue preso en la Cárcel Modelo de Madrid este notabilísimo escritor, que después de haber ido voluntariamente á batirse en Africa, refirió en *España Nueva* algo de lo que había presenciado.

Uno mi voz á la de los que reclaman su libertad.

Los jesuitas no confiesen sus pecados, y sí los ajenos.

Lo certifica el P. Hernando de Mendoza en el recurso que hizo al Papa Clemente VIII.

«Si los jesuitas caen en culpa mortal, no se arriesgan á confesarse de ella, porque si la confesaran sería revelada su confesión, lo que sería, como ha ocurrido, la ruina de muchos.»

EL CORAZON DE JESUS

Mercancía de jesuitas.

No hay en la historia de los hombres que por algo se han hecho notar, otro más desgraciado que el buenísimo, el dulce, el abnegado mártir Jesús de Galilea. Cuantos lo amamos sin fanatismos idolátricos, pero con toda el alma, no podemos sustraernos a una profunda pena por esa desventura póstuma, sin igual en el mundo.

Personajes calumniados ó víctimas de injustos juicios, errores y explotaciones humanas, hay muchos; ninguno tan maltratado, ninguno á quien la historia haya infligido más horribles é innecesarios sarcasmos que á Jesús. Tal vez los hombres no conozcamos ni ya nos sea dado formar cabal idea de Aristóteles, Platón, César, Marco Aurelio, Séneca, Orígenes, del mismo Bonaparte; pero ninguno de ellos padeció injusticia semejante. A muchos, si su tiempo se les mostró adverso, las edades posteriores les hicieron justicia; á Jesús le ha tratado peor la historia que sus contemporáneos.

Realmente fué una desgracia que el hijo de María no escribiera nada. Sócrates tuvo dos biógrafos, por fortuna fidedignos; aun sin ellos, los escritos del filósofo ya nos dirían de él lo bastante para que no le estimáramos con mucho error, al menos cuanto á su pensar, que es lo primero en todo hombre. Jesús fué biografiado por más de sesenta, visionarios unos, embusteros conscientes otros, fautores ó divulgadores de interesadas sectas no pocos, y entre todos quedó su personalidad borrosa, contradictoria, totalmente deshecha.

Apenas desaparecido de la tierra, cebaron en su memoria los evangelistas; la leyenda cortó el paso á la historia, la flección á la realidad, de modo que en tres siglos, el que fué maestro insigne, revolucionario antiteocrático y enemigo del fariseísmo, pudo ser proclamado nada menos que Dios, de la sustancia de Dios, sacerdote fundador de una teocracia y de una religión más judía y farisaica que el judaísmo. Peor es esta calumnia blasfema que el suplicio de la cruz. Y fenómeno jamás visto, había ella de perpetuarse en no interrumpido creciendo hasta los mayores delirios. Sócrates, César, Nerón, todos los insignes quedaron al fin en situación definitiva ante la humanidad futura. Jesús, condenado á variar casi por años de fisonomía, de carácter, de historia, sin haber llegado á personaje histórico, de ideas y de figura. En lo que no sufrió cambio desde poco después de muerto fué en la tristísima condición de bandera de explotadores y falsarios.

¡Crueldad horrible! Explotados fueron Moisés, Zoroastro, Budha, Confucio, Mahoma; como Jesús, el ser más puro, generoso y desinteresado, nadie. Explotado, calumniado, desfigurado, hecho aborrecible, puesto en situación irrisoria; nada se ha omitido contra El.

Se empezó por ocultar su cadáver, para probar su resurrección; se le hizo pensar, decir, desear, hacer lo que no pensó, ni dijo, ni hizo, ni podía tampoco; se le puso en flagrante contradicción consigo mismo, (¡si hubiera escrito...) se le presentó en guisa de taumaturgo, que quiere decir impostor, hombre que para mejor acreditar sus doctrinas hacía por-

tentos como los juglares callejeros que con juegos de manos llaman la atención sobre sus drogas.

Dulce, amoroso y pacífico, ha sido causa de guerras y persecuciones; en nombre de nadie se ha odiado tanto y se ha derramado más sangre, ni han surgido más divisiones, torturas é iniquidades. Respetuoso con el Estado, ha servido de estandarte de la bastarda teocracia en lucha con los poderes civiles; revolucionario, se lo ha constituido en la antítesis suprema de toda revolución y progreso; amigo de la verdad hasta morir por ella, su entidad es la que más mentiras ha barnizado de verdades y ha fraguado más engaños.

Pobre, sin haber tenido en su vida sobre qué caerse muerto, nadie ni nada en este mundo ha enriquecido á tanta gente; austero, motiva los sibilismos enormes de los sacerdocios y de las oligarquías; quiso destruir un templo, y por El se han erigido millones de iglesias; no pensó en crear religión alguna, é invocándole se han fraguado cuatro, á cual más impositora y nociva; adversario del levitismo, se le atribuye la erección de varias teocracias; humilde, no hay soberbia ni orgullo como los de sus llamados ministros ó los de sus defensores. No derramó, acaba de decir una escritora de El enamorada con exceso, otra sangre que la suya, pero representándole se estableció la cruenta Inquisición. No acabaría nunca de enumerar espantables antítesis, de que nadie como Jesús ha sido pretendida causa y efectiva víctima.

¿Y la mala suerte, el sino fatal, de no ser jamás conocido? Consecuencia de haber llegado á Dios. Así como hay tantos dioses como hombres capaces de concebir la divinidad, hay tantos Cristos. El primitivo era un profeta judío; luego, Mesías; después, la locura insana del que escribió el Evangelio mal llamado de San Juan, lo hizo el Verbo de Dios; más adelante, y destruidos cincuenta y tantos evangelios, un concilio lo proclama Dios... por mayoría de votos; ni siquiera la unanimidad!

Cuando lo tomó por su cuenta el Arte, inspirado por la teología, pasó por el semita moreno y viril, mártir convulsivo y terrible, dios de batalla que esgrimía su acero, juez ceñudo é implacable de la Inquisición, teólogo protestante... Cambian los tiempos y se dulcifica; es el *Esposo* en la época tonta del misticismo. Tenía entonces infinitos serrillos que aún existen, odaliscas majaderas, alocadas y sucias, pero aún no lo habían afeminado. En nuestros días, y en poder de los jesuitas, lo más vil que ha producido el cristianismo, es cuando ha empezado á ser el galán de zarzuela, el de la barbita partida, los ojos insinuantes, la actitud de escenario y el corazón fuera del pecho en asquerosa mondonguería.

El colmo del infortunio y de la antinomia. Ya se explota sacrilegamente su nombre y su suplicio, convertido en lujoso signo de honor y tapadera de tantos deshones; ya es su corazón convertido en mercancía de traficantes que no lo tienen. Como los galanteadores viciosos incapaces de amar obtienen los grandes triunfos sobre la mujer, así el seco, el bilioso, el despiadado jesuita que todo lo odia y á nadie quiere, suplente con el corazón purísimo del Mártir Jesús la falta del suyo y encadena el eterno femenino con un yugo de sensiblería grosera y aplanante.

La vano la Iglesia rechazó ese culto superfluo y materialista del Sagrado Corazón; inútilmente Lambertini, (después Benedicto XIV) informó contra él con brillantez erudita: estaba escrito que la memoria santa de Jesús arrostrara esta nueva metamorfosis en parte calumniosa y blasfema, en parte impía é insensata.

¡Caer Jesús en manos de los seres más distantes de su mentalidad, de su corazón y de su espíritu! ¡En manos de los jesuitas! ¡Hacer de pabellón que cubra las mercachiflerías tramposas y averiadas, las crueldades, las sordideces, las imposuras burdas, los negocios sucios, las conjuras rufanescas! ¿Y para eso una vida de dolor rematada por una crucifixión?

¡Oh corazón incomparable! Dichoso tú si no sientes, porque Jesús la ignora, desgracia tan grande, acaso irreparable en lo futuro; la mayor de las que registrará la historia.

JOSÉ FERRÁNDIZ

Ó imbécil, ó loco

¿Con que regalar un sable á cada uno de los jueces que sentenciaron á Ferrer y otro al fiscal que pidió para él la pena de muerte? ¿Nada menos que esto pretendes, doctor del obispado de Murcia? O estás loco, ó eres un imbécil.

¿De dónde has sacado que esos militares podían aceptar de ti ni de nadie ese que tú llamas homenaje y que yo llamo insulto, por el hecho de haberse visto obligados á cumplir el triste deber de sentenciar á muerte á un hombre?

No te hablaré de la ofensa terrible que también has inferido á Cristo, porque un cerebro que concibe esa idea, no puede ni sospechar siquiera el alcance de su doctrina; ni te hablaré tampoco del descrédito que has arrojado sobre España, dando lugar á que se crea que abundan aquí los hombres como tú. Creyéndote imbécil ó loco, me contradeciría si tratara de convencerte.

Voy, por lo tanto, á terminar, dirigiéndome, no al desdichado autor de esa idea, sino á todos los liberales:

«Ese cura, si no á Cristo ni á España, ha representado genuinamente á la Iglesia y á Roma.»

¡Así piensan siempre los católicos! ¡Así obran!

Sólo que únicamente los imbéciles ó los locos lo declaran.

LOS FRAILES AL AFRICA ESPAÑOLA

Si el Estado hubiese gastado en policía en el Rif lo que ha gastado en frailes y misioneros ¿habría ocurrido la guerra?

La acción de España sobre Marruecos, en la Regencia, comenzó bajo los auspicios del fraile Lerchundi. Este fraile, inmiscuyéndose en atribuciones disparatadas, logró del Sultán que enviara una embajada al Papa. Esta embajada fué origen de la antipatía popular hacia Ab-

del Azíz y la nota de traidor al Corán, nota de herejía que fué acentuándose hasta destronarlo.

Repuesta materialmente la paz que durará lo que dure, lo primero que hace España es enviar una nueva misión de frailes. Para esta empresa, el harto célebre marqués de Casa Riera, cuya decantada beneficencia deja morir de hambre en París á muchos españoles, ha dado una fuerte cantidad, creando la *mina* rifeña de los frailes.

Hace pocos días los jesuitas llevaron la embajada mora de Madrid á visitar su llamado Instituto Católico de Artes y Oficios, preparando el camino para llegar al Sultán.

Muy bien está que los frailes intenten extender por allá su dominio hasta formar el África española, como están formando acá la Europa africana.

Lo que se hace cuesta arriba es que el pueblo español pague estas misiones de barbarie.

Vayan por mala al África los frailes, ¡y todos!, sin quedar acá uno. Llévense sus monjas y currutacas, sin dejar una. Allá se las entenderán con ellos los hijos de Mahoma.

Pero que no vivan á costa del pueblo español.

Debiera bastar el haberles pagado el trabajo de africanizar á España.

El Sultán debe pagarles el de españolizar el África.

Las "tres meninas"

del venerable siervo de Dios Rdo. padre Fr. Herculano Limpinsel.

«...ao processo que está sofrendo este frade que dellorón tres meninas em Pa'hoca. Santa Catharina...» A *Lanterna*, de São Paulo, Brasil, 11 de Diciembre de 1909.

La Iglesia es universal; sus ramas extienden á todo el mundo sus frutos bienhechores. En el número anterior dimos cuenta de los milagros con que el santo jesuita P. Jaime Murray había curado del mal de la virginidad á la niña Victoria Debeco, en Manila, el día 11 de Diciembre de 1909, violándola en el huerto de su casa de vacaciones, entendiéndolo en ello el Juzgado.

Al mismo tiempo, los Tribunales de Florianópolis, en el otro lado del mapa, se veían solicitados para abrir otro proceso de beatificación sobre un nuevo milagro de un padre metidito ya en años, Fr. Herculano Limpinsel, á cuyo nombre debemos erigir un altar en las páginas de EL MOTIN.

Este excelso padre, gloria y prez de su Orden, violó á tres niñas, ¡qué Soleiland, redió!, sobre lo cual sostienen camorra en la prensa la *Folha do Commercio* y *O Correio* con la *Liga da Boa Imprensa*, que allá en América, como en

Europa, se hace tapadera de todos los taparrujos clericales.

Al verse descubierto el taumaturgo padrecito que convertía en odaliscas de su harem las tiernas esposas del Señor, ¡para algo es él vicario y ministro!, tuvo revelación del Espíritu Santo de que la fama de estos milagros le iba á traer la ovación popular. Como humildico que es el gran siervo de Dios, pidió al cielo le inspirase lo que debía hacer para no ver profanada por el aplauso público su modestia. El ángel del Señor anuncióle, y no en sueños, que tomase billete para Europa en el primer vapor de la Compañía Norddeutscher Lloyd Bremen, como así lo hizo, pronto siempre á obedecer las voces de lo alto.

Mas el diablo, por su lado, avisó á los Tribunales, que, en nombre de la ley, interceptaron la huida del P. Limpinsel y abrieron proceso de beatificación, en el cual, entre otras pruebas de gran santidad, se ha presentado un fajo de cartas dulcísimas, impregnadas de amor religioso y de celo catequístico, dirigidas por el padre á una de las meninas, la señorita Ida Celestina Dias.

El fraile impetró el *Habeas-Corpus*, que los Tribunales le han negado. Para perpetua memoria, el abogado de la señorita Ida, Alberto Buttencourt Cotrim, publica, entre otros documentos, la dulcísima correspondencia del padrecito.

«Dejad venir á mí los niños» dicen melosamente los reverendos obispos y frailes. ¿Para qué? Para eso: «dejadles ir»; el padre Murray y el P. Limpinsel les dirán lo que es bueno, haciéndoles ver el infierno, el cielo y las estrellas.

Tienen sobrada razón los obispos españoles para pedir exención de fuero para los frailes; es insoportable y horrible que los tribunales civiles examinen las ropas de las niñas violadas y el cuerpo de los graves, místicos y reverendos violadores. Y es inaguantable para dichos violadores que la *Mala Prensa* tenga libertad de comentar y publicar tan buenas obras de esta santa gente.

En vista de lo que menudean estos casos, la Buena Prensa puede ir diciendo: «Dejad venir á mí los niños», á mis santas escuelas, donde hay gravísimos padres encargados de encaminarles al cielo. En las escuelas laicas no hay maestros como Murray, ni como Limpinsel, ni las niñas salen tan instruidas como las «tres meninas» del Brasil y como la hija de la lavandera de Manila.»

¡Puaf!

En la capital de Francia, donde se ha barrido á las órdenes religiosas, todavía se dan casos vergonzosos de superstición y practican los clérigos oficios repugnantes, propios de los siglos XVI y XVII.

Una pobre desequilibrada se ha creído víctima del diablo, lo ha visto en los muebles de su habitación en mil formas horribles, ha sufrido sus acometidas; y

habiéndoselo comunicado al confesor, se reunieron varios curas en sesión secreta, y procedieron á exorcisar á la enferma en vez de encaminarla á una clínica ó á un sanatorio.

La ceremonia del exorcismo se ha hecho con todas las fórmulas rituales, sin excluir la desnudez de la supuesta endemoniada; y habría que ver á los sacerdotes en presencia de aquella carne juvenil, pues la exorcisada es joven, comiéndosela con la vista, impúdicos, arremolinados en torno de la presa como felinos ansiosos en la época del celo.

No, ahora ya no es el fanatismo el que interviene en tales escenas; los clérigos de una capital ilustrada están más en contacto con el progreso y con las cocotas que con los ascetas de la Tebaida; y cuando promueven actos como el referido, tras la lujuria ó el dinero enderezan su intención.

¡Qué asco! ¡Todo lo empuercan! ¿Y no vamos á limpiarnos nunca de esa lacería? ¡Puaf!

¡Incalificable!

El cobrador del Círculo socialista de Bilbao tenía á su esposa gravemente enferma. Presentóse en el domicilio conyugal el párroco de San Antón con otro cura, pretendiendo confesar á la paciente; y como las vecinas que la cuidaban se opusieron al intento, alegando la oposición del marido y de la misma enferma, el párroco les dirigió los más injuriosos epítetos, les dio unos violentos empujones, allanó la morada, se encerró con la moribunda contra su voluntad, saliendo á poco y diciendo triunfalmente: — Ya está confesada. Luego vendrá lo otro, el entierro.

Súpelo el marido, fuése en busca de otros socialistas para contener en lo posible el desmán, pero ya era cosa terminada y reclamó ante las autoridades...

Mientras tanto, falleció la mujer, quizás á consecuencia del sofocón que le dio el párroco. Y aquí entra la segunda parte del escándalo habido en la invicta villa que se batía heroicamente contra los antecesores de quienes hoy la tienen cargada.

Por un reglamento absurdo, son los párrocos los encargados de autorizar las inhumaciones en el cementerio civil. Con este carácter dispuso el cobrador del Círculo socialista que se enterrara á su esposa. Negóse el párroco á ello; pero, apremiado, expidió la orden, escrita en latín, que traducida resultó ser todo lo contrario de lo pedido; esto es, insidiosamente se mandaba enterrar á la muerta en el cementerio católico.

Dícese que personado el viudo en el Gobierno civil, la primera autoridad de la provincia asumió toda la responsabilidad del caso y ordenó que el sepelio se hiciese civilmente. Pero con posterioridad á esa loable resolución, telegramas de Bilbao comunicaron que el cadáver yacía insepulto por andar en competencia las autoridades civil y eclesiástica. Al fin, según las últimas noticias, ha triunfado el cura. El enterramiento se ha hecho católicamente.

¡Ah, genio desconocido que aplicaste por vez primera la palabra *cuerpo* á un cura! Tú conocías bien la clase.

Como conocerían bien á los españoles de hoy el que los calificara de *maricas*, por no protestar adecuadamente de estos atropellos tan groseros como infames.

Como en Alemania

Los obispos han pedido un privilegio que gozan en Alemania los seminaristas,

callándose que es privilegio de *todos los cultos*.

En Alemania, cada cual, al inscribirse en el censo oficial como adicto á una religión, queda obligado á pagar el impuesto que le corresponde por su culto y ministros.

Venga esta ley á España. ¡Venga! Los no católicos, que no gastan las baldosas del templo, ni comen hostias, ni aspiran el incienso, ni se divierten con sus funciones, ¿por qué han de pagar lo que de-
testan?

Como en Alemania, declárense exentos del impuesto eclesiástico á los *no católicos*. Costear la propagación de la fe aquellos que no la tienen, es una violencia parecida á la del robo.

Con esta ley, los católicos demostrarían que realmente quieren á la Iglesia, costeándola de su bolsillo, y no consintiendo que su Madre coma el pan maldito de sus enemigos.

A menos que curas y frailes no tengan este por único lema de su escudo:

Toma o que te diere el buen creyente,
del hereje el dinero solamente.

Hechos notables

DE LA HISTORIA DE LA IGLESIA, SEGÚN LA HISTORIA UNIVERSAL ESCRITA POR EL DOCTOR D. MARTÍN LAGUNA, CANÓNIGO DE LÉRIDA, Y OTROS AUTORES.

Siglo I. Llamado apostólico. Observóse la doctrina evangélica, desnuda de preceptos.

II. 170.—San Aniceto mandó que los sacerdotes llevaran corona. En el mismo siglo se generalizó el agua bendita, y bendiciones de comidas y bebidas por los mismos cristianos.

III. 220.—Se introdujeron sencillos altares sin imágenes por los gentiles convertidos, que no podían transigir con la espiritualidad del culto cristiano.

270.—Origen de la vida monástica en Egipto, por Santonio; pero los religiosos se procuraban el sustento con el trabajo de sus manos.

291.—Uso de los altares y de los cirios en las iglesias, hacia el fin del siglo.

IV. 370.—Culto de los santos, profesado por Basilio de Cesárea y Gregorio Nacianceno.

373.—Primeros indicios del incensario en algunas iglesias: uso introducido por los paganos convertidos.

V. 400.—Oración á Dios en favor de los muertos.

403.—Signo de la cruz hecho en el aire.

407.—Uso de las campanas, atribuido á Paulino de Nole en Campania.

VI. 590.—Origen del purgatorio, por Gregorio el Grande.

VII. 609.—Culto de la Virgen, por Bonifacio VI.

610.—Invocación de los santos y de los ángeles, definitivamente establecida como ley en la Iglesia.

642.—Primera excomunión, por el Papa Teodoro, lanzada contra Pirro.

670.—Celebración de la misa en latín, lengua desconocida por el pueblo, por el Papa Vitellius.

VIII. 709.—Precepto y uso de besar los pies al Papa.

758.—Confesión auricular, entre los religiosos de Oriente.

787.—Culto de las imágenes; ley de la Iglesia, por el 2.º Concilio de Nicea.

Culto de la cruz y de las reliquias, por el mismo.

IX. 800.—El incienso obligatorio en las ceremonias del culto, por León III.

813.—Fiestas de la Asunción de la Virgen, por el Concilio de Maguncia.

827.—Fiesta de todos los Santos, por Gregorio IV.

840.—La transubstanciación y el sacrificio de la misa aparecen en los escritos de Pascasio Rodberto.

870.—Canonización de los santos, por Adriano II.

X. 998.—Fiesta de los difuntos, por Odilon, abad de Cluny.

XI. 1000.—Empezó la ceremonia de bautizar las campanas.

1001.—Cuaresma.

1002.—Peregrinación á tierras lejanas.

1057.—Esteban X intentó, aunque inútilmente, unir la Iglesia griega con la latina y prohibió el matrimonio á los sacerdotes.

1059.—Nicolás creó por vez primera el colegio de cardenales, y le valió esta nueva cámara teocrática triunfar de su adversario Gerardo.

1074.—Celibato del clero, por Gregorio VII.

Confirmación de la prohibición del matrimonio á los clérigos, por Esteban X.

1076.—Infalibilidad de la Iglesia, por el mismo.

1095.—Indulgencias plenarias, por Urbano II.

1098.—Principió el uso de la mitra por algunos obispos españoles.

XII. 1125.—Primeros indicios de la Inmaculada Concepción de María entre los canónigos de León: San Bernardo los combate.

1164.—Descubrimiento de cuatro sacramentos, por Pedro Lombardo.

1184.—Inquisición, por el Concilio de Verona.

XIII. 1200.—Dispensas.

Rosario, por Santo Domingo.

1215.—Transubstanciación, ley de la Iglesia, por el Concilio de Letrán.

Confesión auricular, por el mismo.

1220.—Adoración de la hostia, por Inocencio III.

1227.—Campanilla en la misa, por Gregorio IX.

1224.—Fiesta del Corpus-Christi, por Urbano IV.

XIV. 1311.—Procesión del Santo Sacramento y el Ave-María.

1362.—Urbano V añadió la tercera corona á la tiara papal.

XIX. 1851.—La Inmaculada Concepción de la Virgen, declarada dogma de la Iglesia, por el Papa Pío IX.

Por las exactas citas cronológicas que preceden, conocerá y verá (si está en uso de la razón) aun el católico más miope, que ninguno de los dogmas, usos y ceremonias referidos son evangélicos, ni mucho menos apostólicos; y que nada de ellos absolutamente está conforme, ni con la palabra y enseñanza de Jesucristo, ni con la doctrina y ejemplo de sus verdaderos discípulos.

Ramón Sempau

Ha fallecido en Barcelona este hombre superior, encarnación de las ideas democráticas, talento preclaro, de gran cultura y de inmensa laboriosidad.

Ha muerto joven todavía, llevándose á la tierra un capital de conocimientos que sus coetáneos no han sabido utilizar y que el total ambiente barcelonés ha esterilizado.

Las empresas editoriales, explotadoras de la intelectualidad española y de los ideales populares, escribieron en su índice el nombre de Sempau, que ha muerto inédito habiendo sido un pensador genial y personalísimo.

El anatema de los enemigos y la hipocresía de los amigos de la libertad, han logrado para el clericalismo un gran triunfo con la inutilización de este genio, perdido para la literatura española.

El *MOTÍN*, al dedicarle este recuerdo rinde homenaje también á aquel su padre, que siendo presidente de la Diputación de Barcelona, tanto hizo por la causa de la República en Cataluña.

EL DEBUT de Aurora Cáceres

Me llevé chasco aquel día. Esperaba hallar en el aula de la Sorbona los embajadores, ministros y cónsules de España y de las repúblicas de habla española, con sus respectivas consortes, hijas, doncellas y cocineras. No era para menos: la fiesta que iba á celebrarse era algo así como una solemnidad de la *Gaya ciencia* patria, tanto más notable cuanto que en aquellos días la prensa francesa, italiana, austriaca, inglesa y alemana había puesto sobre el tapete de la diplomacia y de la discusión el problema de la influencia del idioma patrio en la expansión de las naciones. Italia creaba un conflicto á Austria con motivo de la erección de una universidad italiana en territorio austriaco; Francia y Alemania disputábanse la oficialidad del idioma en Alsacia; y, en fin, todas las naciones de Europa hacían arma de guerra de la lengua, como vehículo del espíritu nacional, como cable y lazo de simpatía y como conductor de las fuerzas del sentimiento preparatorio del éxito de toda empresa mercantil ó política. Recordaba yo con alegría aquellos tiempos en que el idioma castellano había sido el de la moda elegante internacional; imaginaba encontrar un salón realizado por las aristocracias de las patrias hispanas, en donde todos íbamos á sentirnos hablando dentro de la *reina de la fiesta*, como diciendo á los extranjeros que allí acudiesen: «ahí tenéis la majestad, fluidez y magnificencia de nuestra lengua...»

¡Nada, señores, nada! ¡Ni un lacayo con librea! ¡Ni un miserable portero de la Academia Española! ¡Ni un *encerador* de la Embajada!

No se trataba de un baile ni de un banquete; allí no se podía ir á hacer el ridículo, ni cobrar corretaje, ni lucir los senos y collares de avalorios las damas, ni ensalzar á ningún zascandil del cotarro explotador del Estado: nada tenían que hacer en aquella fiesta espiritual del alma hispana nuestras gentes oficiales, y ¡brillaron escandalosamente por su ausencia!

Era la hija de un presidente la que iba á hablar; era una soberbia mujer española de meloso acento americano la que

iba á recordar, como leyenda de la juventud é infancia de la madre patria, los maravillosos cuentos de hadas del oro del Perú; era el debut de Aurora Cáceres en su vida oratoria y literaria; no era una coupletista, ni una bailarina de fandangos, ni una expendedora de carne en calçeta; por eso no hubo representación oficial ni oficiosa de los Estados. Allí estuvimos Bonafoux, Jerique y yo, hinchando nuestras almas para darles la grandeza del alma española, haciéndonos emisarios de nuestros pueblos, para oír, celebrar y aplaudir á la linda y soberbia oradora, y para avergonzarnos de nuestros gobiernos que allí dieron solemne testimonio de jactanciosa ignorancia. Allí estarían las almas de Cervantes, de Santa Teresa, de Luis de León; allí estarían Luis Vives y Ortíz y Gelida, sorprendidos de que, desde aquellos días en que enmudeció en su boca el habla castellana en los colegios franceses, no hubiese vibrado nuevamente hasta presentarse en labios de una mujer.

Tan grande como apareció la conferencia, apareció pequeña la representación nacional; su conferencia parecía un apéndice á la Historia de España; la dulce voz de la Sra. Cáceres, sonaba algo así como á rezo de una hija sobre la tumba de una madre. Nunca pareció más muerta que entonces España; ya no oye... ya no entiende, ni siquiera á los que hablan su lengua... ¡Muerta!

Ahora, la Sra. Cáceres ha hecho su debut en el libro; el asunto ha sido acertadísimo: «Mujeres de ayer y de hoy» es una galería de almas femeninas en la cual puede la mujer española estudiar el valor de su alma y la capacidad de sus facultades. ¡Muy bien! Este libro es esencialmente educador y un excelente estudio en que la escritora dice á su sexo: «nosce te ipsum»: ahí tienes tu espejo fiel; conócete; aprende lo que vales y lo que puedes; aprende á estimarte; forma tu conciencia; redímte; enáltécete...

Porque, si; al acabar de leer las historias que en hábiles esbozos presenta la escritora, toda mujer debe sacar en conclusión: «la superioridad moral y mental del hombre sobre la mujer, es una fábula.»

Yo creo que la ciencia es futuro patrimonio de la mujer, ó cuando menos algunas ciencias. Ella será la verdadera positivista; ella, que lleva un ser organizado para la economía y el ahorro; ella será la que encauzará por su senda la filosofía humana, sabiendo extraer de su seno lo útil, lo agradable, lo sano y lo fecundo, para eliminar lo inútil y lo ingrato. Y Minerva recobrará su trono, y la ciencia será femenina, y los hombres habrán de beberla de sus labios, dulce como sus besos, alegre como sus risas, sana como la leche de sus pechos.

Muy bien por Aurora Cáceres; su libro ha debido servirle á ella para formar su conciencia. Ya debe estar hecha. Cuando menos, está hecha ya su competencia literaria; este libro la sirve para acreditarla de doctora, y debe ser señalado á la Academia Española para que lo tenga en cuenta. Paréceme que va siendo hora de que se levanten por vergüenza algunos de los académicos barbudos, para ceder ese asiento á estas mujeres que, contra viento y marea, han conquistado palmas

que no todos los académicos han ganado. Desde luego digo que el libro de Aurora Cáceres es un magnífico memorial para una candidatura académica; y debiéramos celebrar que la Española la proclamara, precisamente por ser americana la autora. De lo contrario, muy pronto, ante la pléyade de escritores castellanos brotados de las repúblicas americanas, la de nuestros académicos quedará esfumada; y el día que en el otro mundo se constituya una Academia de la Lengua Castellana, la península podrá haber perdido el ser metrópoli del idioma, último privilegio que le resta.

El libro de Aurora Cáceres presenta indirectamente otro problema: el editorial. Está editado en París. El patriotismo se ve obligado á llamar seriamente, pero muy seriamente la atención del ministro de Instrucción sobre este problema mortal de necesidad y de muerte inminente. El hecho es más grave; seguro, seguramente no ocurre en país alguno del mundo. España ha perdido la edición de libros españoles. Sólo en París funcionan tres ó cuatro casas editoriales en competencia ventajosa sobre las mejores de España. ¡Qué vergüenza!

Es vergüenza más vergonzosa que la de Gibraltar; ese peñón es el último que puede perder un pueblo. En Friburgo, en Londres, en New-York, hay casas de edición de libros españoles... ¡mejores que en España! Este hecho debiera hacer temblar á un Estado que tuviese conciencia de lo que significa, del síntoma fatal que acusa y del signo de muerte irremisible y próxima. Es tema este para ser tratado más honda y reposadamente.

Y ahora ¿me va á permitir nuestra linda y amable compañera, que le dé un consejo para sus libros futuros? Aun sin pedirlo se lo he de dar.

Deje ya toda timidez á la crítica; tiene pluma suya y vigorosa; está ya formada y hecha. Puede prescindir de consultas ajenas; dé rienda suelta á las alas de su genio y derrámese entera en los escritos, presentándonos su alma sin etiquetas, libre de los engorros del miedo y del respeto. Es el mal de la mujer escritora: el miedo; son muchas las que sienten el barrunto del genio, y lo aprisionan al clasicismo y crítica de los hombres. Ya se acabó el monopolio; el sexo fuerte es también el sexo imbécil; su aparato de gravedad científica, tiene mucho del matonismo que fía en la cobardía ajena la estimación de su bravura. La Sra. Cáceres ha ganado ya la alternativa; puede escribir sin respeto alguno, á lo Santa Teresa, á lo María Baskirtseff, consultando más á su corazón que á los estólidos libros de los hombres. Solamente con esta osadía la mujer podrá llenar desembarazadamente la misión que le espera en las letras y ciencias. El mundo de la mentalidad femenina está por descubrir. En los más sublimes literatos varones nótese precisamente una alma grandemente femenina. Y la mujer que la tiene toda entera ¿por qué aprisionarla dentro de unos pantalones? ¡No! sientan el genio de mujer, como él es, sin postizos, sin mascarones, dejándonos penetrar en ese templo de su cerebro que los hombres no pueden explorar. Créese, si es preciso, una literatura nueva, una ciencia nueva. un idioma

nuevo, la forma, tono y estilo que mejor se ajuste al sexo; eso es lo que hace falta. Porque la mujer que ahora conocemos en las ciencias y artes, es la que han moldeado los hombres que jamás fueron mujeres, si no por inversión monstruosa; es una mujer hipotética y caclada; y como la que realmente habían podido presentarnos las mujeres artistas han buscado el molde en el cerebro masculino, resulta deformada y siempre con bigotes.

Puesto que la Sra. Cáceres es joven todavía, ella puede dar ejemplo de esta emancipación, aunque sea abofeteando al clasicismo masculino que podrá darse por honrado con los ultrajes de la mujer reconquistadora de sus derechos. Ante ese libro hago votos por esta emancipación completa y total. Y celebraré que sus libros futuros traigan la marca editorial española de España; y no la española de París.

RICARDO MAYOL

París.

No puede más

El Papa ha enviado, para remediar los males causados por las últimas inundaciones en Ciudad Rodrigo, la cantidad de mil liras, lamentando no poder hacerlo con mayor largueza.

Mucho ha decaído el sucesor de Gregorio VII y de Julio II. Pena me da.

El mejor día vamos á ver curas y frailes pidiendo limosna en nombre del Papa, «para ayuda de un panecillo».

Aunque no por esto mejoraría la situación del Infalible, porque se guardarían ellos los cuartos.

En fin, que no tiene remedio su situación alíctiva.

Por consiguiente, conformémonos con la voluntad de Dios, y pidámos para nosotros los apuros y mortificaciones que el pobrecito Papa está sufriendo.

Diálogos anticlericales

El culto de las imágenes

Lodudo.—Señor Tragatodo; ¿cree usted que en todo tiempo los cristianos hayan adorado las imágenes, las estatuas?

Tragatodo.—Ciertamente; y no puede negarse que muchas estatuas de santos y muchas imágenes veneradas por los fieles han realizado milagros.

Lodudo.—Es un error. Quienes le han dicho á usted eso le han engañado, como voy á probárselo. Debo advertirle, para empezar, que está en la naturaleza misma de las religiones el procurar herir la imaginación de los pueblos por medio de manifestaciones exteriores, y muchas veces por medio de las imágenes más groseras.

¿Quién ha comprendido eso mejor que los jesuitas, esos hábiles diplomáticos del catolicismo? Para no chocar de frente con las creencias seculares de los Indos, los reverendos asistían á sus ceremonias, á la vez que se esforzaban por desnatura-

lizar su significación é introducir la misa en las fiestas celebradas en honor de Brahma.

Iguales habilidades tuvo la primitiva Iglesia. No suprimía todas las solemnidades del paganismo, pero colocaba con viveza el nacimiento de Cristo hacia la época de la gran festividad del renacimiento del Sol. En una palabra: el altar quedaba en pie; solamente se cambiaba el ídolo; la superstición nada perdía.

Mire usted llevados en andas esos Cristos de palo pintado, esas vírgenes que lloran, esos santos que hacen muecas, y la multitud prosternada á los pies de tan piadosos ídolos; ¿no cree usted hallarse en los días más hermosos del paganismo? ¡Ah! Los católicos se ríen de los cuarenta mil dioses de Grecia y de Roma; pero ellos, ¿no tienen cuatrocientos mil? Desprecian las ficciones poéticas que colocaban bajo el patrocinio de divinidades los campos, los prados, los bosques, las fuentes, los ríos, pero, ¿no tienen ellos acaso á San Medardo, San Marco, San Fiacre, San Eloy, Santa Brígida y tantos otros que presiden la sequía, la lluvia, curan la rabia ó las escrófulas?

Durante el siglo octavo, en las iglesias de Oriente se trató la cuestión de si debía tributarse culto á las imágenes; la ley de Moisés, que lo había prohibido, nunca había sido derogada, y los primeros cristianos, por espacio de doscientos años, no habían tolerado imágenes en sus asambleas.

Poco á poco se implantó la costumbre de tener en casa crucifijos; luego se tuvo retratos de los verdaderos ó de los falsos mártires, ó de los confesores: aún no había altares erigidos á los santos, ni misas celebradas en su honor.

Esa costumbre se introdujo en las iglesias; algunos obispos no la adoptaron. El año 393, San Epifanio arrancó de una Iglesia de Siria una imagen delante de la cual se rezaba; declaró que la religión cristiana no autorizaba aquel culto.

Finalmente esa piadosa práctica se trocó en abuso, como todas las cosas humanas. El pueblo no distinguió entre Dios y las imágenes, y pronto se llegó á atribuir á éstas milagros y virtudes; cada una curaba una enfermedad.

Constantino Copronymo estableció como ley civil y eclesiástica la abolición de las imágenes. Reunió en Constantinopla un concilio de 338 obispos que unánimemente prohibieron ese culto admitido en varias iglesias, especialmente en Roma.

Ese emperador, que hubiera también deseado suprimir los frailes, pues los odiaba, no lo consiguió. Los frailes, muy ricos ya, defendieron sus riquezas con más habilidad que las imágenes de sus santos.

En 794, Carlomagno reunió un concilio en Francfort y lo presidió como era costumbre de los emperadores y príncipes, compuesto de trescientos obispos ó abades, tanto de Italia como de Francia, que rechazaron el uso y la adoración de las imágenes.

Sin embargo, los cristianos, después de haber tratado de idólatras á los paganos y haber ridiculizado los trajes con que se cubrían, en cuanto se sintieron poderosos y se hicieron los amos restablecieron el culto de las imágenes, y adoptaron esos mismos trajes de que antes se habían burlado, lo que hizo decir á Voltaire:

«¿Qué revoluciones en el espíritu humano! Los primeros cristianos acusaron al Senado de Roma de adorar estatuas, que por cierto no adoraban. El cristianismo permaneció trescientos años sin imágenes. Doce emperadores cristianos trataron de idólatras á los que rezaban ante figuras de santos. Ese culto fué admitido después en el Occidente y en el Oriente, aborrecido, luego, por la mitad de Europa.

Finalmente, la Roma cristiana, que basa su gloria en la destrucción de la idolatría, es clasificada entre las naciones paganas por las leyes de una poderosa nación: Inglaterra.»

¡Pum, petardo!

Estalló con horrísono estruendo un petardo en el Seminario de Salamanca; espantóse la población; y los padres jesuitas explicaron el caso diciendo que un hermano había prendido fuego á cierta cantidad de pólvora dentro de un hoyo.

No satisfizo á nadie la explicación. Se hicieron mil comentarios.—¿Para qué necesitan pólvora los religiosos? ¿Es cosa del culto? ¿Se ha reemplazado con ella el incienso? ¿Estaría el lego ensayando un arma de las que ahora se usan en los conventos para alumbrar á Dios y á los anticlericales, si se tercia?

Al fin se convino en que era un petardo, y yo creo que lo fuese. Es la especialidad de los jesuitas; lo único que dan á cambio de lo que quitan.

EL CRISTAL

Quizá no sintamos el profundo reconocimiento que merecen los hombres de estudio y de trabajo que, por esfuerzos sucesivos, han elevado la ciencia, el arte y la industria de la óptica al estado actual de perfección, luchando contra toda clase de resistencias; quizá no miremos con toda la admiración de que es verdaderamente digna esa sustancia mineral de modesta apariencia, llamada *crystal*.

Más preciosa, por infinitamente más útil, que el oro y el diamante, su influencia en la historia de la humanidad es tan grande, que apenas puede ser apreciada en su verdadero valor. Sin el cristal, la civilización no hubiera podido avanzar hasta los climas septentrionales, porque sólo él nos permite vivir al abrigo del frío, del viento y de las intemperies sin privarnos de la luz del día y del calor del sol, á la vez que contemplando la Naturaleza exterior. Sobre el cristal descansa la física experimental por el barómetro y el ter-

mómetro; á él se deben los dos nuevos órganos visuales de la humanidad moderna: el microscopio, que nos ha descubierto lo infinitamente pequeño, y el telescopio, que nos transporta á lo infinitamente grande.

La ciencia casi toda entera se debe á los servicios prestados por esa arena fundida, por esa sustancia vitrificada... ¡Pura y límpida sustancia! El pensador te considera con admiración y gratitud, porque eres infinitamente útil al progreso de los conocimientos humanos. ¿Qué resultaría, comparando tus beneficios á través de los siglos en la vida de la humanidad, con la acción de todos los conquistadores y monarcas reunidos desde Sesostris hasta Guillermo de Prusia?

CAMILO FLAMMARIÓN

Estos y los otros

Hay en Tolosa (Guipúzcoa) un templo de San Francisco que hubo de secularizarse no ha mucho y que ahora reclama del Ayuntamiento el obispo de la diócesis para entregárselo á los franciscanos.

Los curas de la población, temerosos de que los frailes les quiten la parroquia, trinan y trabajan lo imposible para evitar la invasión de la plaga francisquil.

Poco hay que escoger entre unos y otros, pero me alegraría que triunfasen los curas. Son españoles al fin, aunque brutos y perniciosos. Menos, sin embargo, que los frailes; claro es.

Y entre dos males, el menor.

Memorias de un jesuita

Los protegidos.

Los jesuitas pueden vivir y ser felices sin familia que los rodee, sin madre que los cuide, sin amigos que los alienten; pero hay algo que necesitan, como necesitan las flores el agua, y el corazón el amor, y ese algo son los protegidos. Quien dice jesuita, dice siempre protegido, con tal de que se trate de un jesuita de importancia, y aun protegidos, pues no es raro el caso de que sean tres ó cuatro.

El padre no puede decir misa, si no es el protegido el que en la sacristía le coloca el alba, le ata el cíngulo, le pone el manipulo en la siniestra mano y termina la sagrada *toilette* con la dorada y anti-artística casulla. El protegido ayuda después la misa, y el sacerdote duda muchas veces si la devoción que siente y el bienestar que experimenta durante el Santo Sacrificio, los inspira la presencia de Dios ó la de aquel joven que, solícito, cariñoso y compuesto, responde en correcto latín, muda el misal á su debido tiempo y escancia en el sagrado cáliz el vino que ha de convertirse en la redentora sangre de Jesucristo.

Por las tardes veréis siempre al jesuita que á pasee ó á sus quehaceres apos-

tólicos va acompañado del protegido. Y es de notar cómo los más austeros religiosos, aquellos cuya cara parece que jamás ha de animarse con una sonrisa, bromean y ríen con espontaneidad encantadora cuando departen por calles y por paseos con el fiel acompañante, Fray Juan de los sermones y confidente de los más íntimos secretos.

¿Quién no ha visto en Madrid al padre Garzón llevando al lado al eterno acompañante, que seguramente pertenece a la Congregación de San Estanislao de Koska? ¿Quién no se ha edificado y compungido una y muchas veces, mirando el interesante grupo que forman el padre de la Compañía y el jovencito que le sigue como la sombra al cuerpo?

El P. Sanz, por su parte, no se contentó nunca con menos que tener de cuarenta a cincuenta protegidos. Es cosa curiosa y de la que me ocuparé en otra ocasión, el modo que los jesuitas tienen de favorecer a sus ahijados, porque no hay solicitud, ni fineza, ni obsequio que con ellos no usen.

En cierta ocasión, y por iniciativa del P. Garzón, entendimiento fecundísimo en proyectos que directa o indirectamente sirvan para que él satisfaga sus deseos, fundó en Madrid una especie de casa que pudiéramos llamar de *protegidos*. Era, en realidad de verdad, una vulgarísima casa de huéspedes dirigida por un patrón cojo, que si no tenía entendimiento para estudiar matemáticas o ética, lo tenía y muy despierto para todo lo que un director de clásica hospedería debe saber y dominar. Tomar él en la mano un paraguas, chaleco ó pardesú y decir lo que por tales prendas podrían dar de empeño sin equivocarse en un céntimo, eran cosas simultáneas.

Comprendió el tal patrón la mina que la suerte le dejaba apenas el P. Garzón le comunicó su plan, que no era otro más que hacer que el cojo viviera en un gran piso de una casa propiedad de la Compañía; allí se instalarían las oficinas del Apostolado de la Prensa, y además se alquilarían habitaciones a precios módicos, pero solamente a los recomendados o protegidos de los jesuitas.

Formóse una verdadera y fervorosa comunidad, aunque muy heterogénea, pues la formaban dos seminaristas, cuatro estudiantes, un empleado en el Círculo de los luises y dos ó tres vagos de oficio. Claro es que los padres se pasaban allí la vida, y aun alguno, como el P. Garzón, tenía su bonete y sus zapatillas, para mayor comodidad.

Decir la religiosidad con que los huéspedes de la mística mansión rezaban el rosario, daban gracias a Dios después de cada comida, y tenían sus lecturas espirituales, fuera empeño imposible; que aquello, más que reunión de hombres, parecía conjunto de inmaculados ángeles del cielo.

Llegó la primavera, y todos los jesuitas protegidos se entregaron con ardor a la práctica de las Flores de Mayo. Se había levantado un altar en la sala principal de la casa, altar cubierto de flores, guajado de luces, y con una preciosa imagen de la Virgen del Sagrado Corazón. Cantaba, acompañado por el piano, un nutrido coro, formado por los mismos habitantes de la sagrada hospedería; un padre reverendo dirigía una encendida plática, que solía versar sobre las excelencias de la pureza, y terminaba el conmovedor acto cantándose el

«Venid y vamos todos,
con flores a María...»

En esto sobrevino un conflicto que dió al traste con la casa de los protegidos, y fué que el P. Mendía se salió diciendo que él, en vez de protegidos, tenía *protegidas*, y quería llevar una inglesa á vivir á la casa del cojo místico. Y, dicho y hecho; la inglesa se presentó allí con su equipaje y dos hermosos gatos, á los que adoraba con verdadera pasión.

No hubo más remedio que aguantarse, pero la alegría se acabó; todo el mundo vió en la rubicunda hija de la pérfida Albión una enemiga, una espía, algo que molestaba, entristecía, quitaba la respiración. «O la inglesa ó nosotros!» Tal fué el grito que, robusto y decidido, salió de todos los pechos.

El P. Mendía no cedió, sino que, usando de no sé qué artes, se ganó al cojo, y éste, para dar el triunfo á Inglaterra, dijo y probó con argumentos irrefutables, que los que en su casa vivían eran unos puntos filipinos; que allí no se rezaba el rosario, pero si se armaban unas timbas que duraban toda la noche, y en las que los empleados se jugaban la paga y los seminaristas hasta la beca y la sotana. Añadió que, después del ejercicio de las Flores, se habían hecho cuadros vivos tan pornográficos é indecorosos que ponían espanto, sobre todo uno titulado: *Salida de Venus del fondo de las aguas*. Mostró un fajo de papeletas de empeño de que era depositario y representaban la casi total indumentaria de los angélicos protegidos. Y tantas fechorías, en fin, descubrió, tales desórdenes y tan grandes pecados, que no hubo más remedio que disolver aquel centro de amigos y ahijados de jesuitas, quedando la inglesa dueña del campo.

Enteróse el padre provincial de la Compañía, y dicen que exclamó con el mayor desconsuelo: «Si esto hacen los que tenemos más cerca, ¿qué harán los que tenemos más lejos y creemos haber convertido y santificado?»

GIL BLAS DE SANTILLANA

La lucha por el mendrugo

En medio de la calle había un montón de basura. El destartado carro de un trapero se había detenido junto á él, y el trapero, ha apiento y sucio, rebuscó en el montón lo que le convenia y lo depositó en un saco.

Revolviendo basura, surgió de ella un mendrugo de pan sucio. Un barrendero que, con la escoba al hombro, avanzaba silencioso, se apresuró á coger el mendrugo con la mayor naturalidad.

—¡Eh!—gritó el trapero—deja eso.

El barrendero no hizo caso, prosiguiendo su camino. El trapero corrió detrás de él y lo cogió de un brazo.

—Te he dicho que dejes eso...

—¿Qué voy á dejar? ¿Qué?...—refunfuñó malhumorado el barrendero.

—Ese mendrugo, que no es tuyo...

—Es mío, porque lo he cogido.

—Estaba en mi montón.

—Lo que hay en medio de la calle es de todos.

—Ese montón lo estaba yo rebuscando...

—Pero no es tuyo.

—Bueno, pues eres un ladrón.

—Eso no me lo dirás otra vez.

—Sí... ¡ladrón... ladrón!...

El barrendero dejó la escoba y el mendrugo en la acera y se lanzó sobre el trapero... Ambos lucharon, descargáronse sendos puñetazos, y el fin de la contienda fué la caída de los luchadores al suelo; el barrendero cayó debajo y su cabeza fué á dar con el borde de las piedras de la acera, que le hicieron una extensa herida.

Brotó la sangre y el barrendero suspendió los golpes. Llegaron los guardias, se agrupó la gente y poco tiempo después el barrendero era conducido en una camilla á la Casa de Socorro, el trapero entre dos guardias á la Delegación, y por la calle de la lucha bajó á todo correr un perro flaco que llevaba el mendrugo en la boca.

FABIO ALÉS

Rabiad, mamarrachos

¡Con qué gusto correríais ¡oh clericales! blandón en mano y venera verde al pecho, á presenciar en la Plaza Mayor un auto de fe en que fuese yo el protagonista!

Me parece ya veros, abiertas las narices que apestan á incienso, olfatear voluptuosamente el olor de mi carne achicharrada, reflejándose en vuestros innobles rostros la alegría de la venganza satisfecha, y lanzando suspiros que sembrarían el runruno del tigre al devorar su presa.

¡Qué mañana tan grande para vosotros sería aquella! Habría quien, porque llegase pronto, sería capaz hasta de ofrecer este imposible: realizar una acción buena.

Y os hablo de esto, para que rabiéis un poquito al pensar que no os miraréis nunca en ese espejo; crueldad parecida á la que vosotros cometéis al hablarle al que no come pan en la tierra, de que en el cielo se hartará de faisanes.

Odio justificado

Me explico perfectamente el odio de los clericales hacia la prensa. Sin ella vivirían como el sapo en el fango.

(Las frases hechas son terribles: por poco no digo «como el pez en el agua», olvidándome de que los peces podrían haberseme querellado por lo ofensivo de la comparación.)

Sí; sin la prensa realizarían tranquilamente su obra de desmoralización, despojo y dominio, como en aquellos benditos tiempos en que no sabían firmar, no digo ya los siervos amarrados al terruño, ni la mayoría de los señores de horca y cuchillo.

Cuando se habla de los hombres que han trabajado contra la Iglesia, y no se coloca á Gutenberg el primero, siento el escalofrío que me producen las grandes injusticias.

Cómo se hace un cura criminal

Sr. D. Antonio López Peláez

Si ha estado usted en París seguramente conocerá usted la iglesia de Saint-Etienne du Mont. En aquellos alrededores he pasado tres años de mi vida, estudiando bibliotecas, archivos, laboratorios, fosos, pavimento, paredes, atmósfera y horizonte, empapándome de la vida de aquel pedazo de *Quartier Latin*, derribando imaginariamente el Panteón, la Alcaldía y edificios para hacer resurgir en mi fantasía la antigua abadía de Santa Genoveva, con sus inmensas huertas; la de Cluny, albergue de tantas leyendas; el convento de Carmelitas, desde cuyas ventanas se veían las hogueras inquisitoriales; los famosos *Cordeliers*..., es decir, el barrio latino del siglo XV y XVI, en que la bulliciosa juventud española llenaba los colegios de los Navarros, de Santa Bárbara, de Conti y de los Lombardos, trayendo en revuelta la población parisiense y siendo faro del humano progreso.

Hay allí espectáculos chocantísimos para un español recién llegado de España. El más chocante es ver á todas horas del día, hasta las diez de la noche, discurrir por aquellas enrejadas un sinnúmero de mocitas de quince á veinticinco años, severas ellas, preocupadas ellas, atareadas ellas; por docenas y por centenares entran y salen en determinadas puertas, con la *serviette* debajo del brazo, reflejando, en sus ojos abiertos á todas las luces y ávidos de claridad los cielos del Cáucaso ó de Egipto, la pálida niebla del Norte ó el fuego del sol del Mediterráneo: es la armada de la ciencia futura; es la mujer redimida; es la amañada que se apresta á la conquista del mundo; es la *mujer europea*, de frente sonadora, de emprendedor corazón, de ardor belicoso; la que ha escapado del gavilán director de Hijas de María, salvando las alas de su espíritu, y las tiende magníficas, inmensas y briosas por las regiones de la vida, y penetra el *Sancta-Sanctorum* de la sabiduría, y contempla desde su altura, allá abajo, la estéril masturbación cerebral de teólogos entregados á la insana labor de entontecer y aneciar á sus pobres hermanas de sexo, retenidas por la rutina infausta y por la maligna habilidad de la truhanería mística en la imbecilidad, en la inconsciencia y en el menosprecio de sí mismas.

Pero ¿qué digo? Enamorado del *Quartier Latin*, toda ocasión pareceme á propósito para entonarle cánticos... Pero no quería hablar de eso, sino de Saint-Etienne du Mont; de aquella caprichosa fachada y de la solemne novena que allí se dedica á Santa Genoveva. Del primer día de novena quiero hablar; el del año 1857 precisamente, á las tres de la tarde, cuya solemnidad fué extraordinaria. Asistía á la fiesta el arzobispo, monseñor de Sibour. Dos señores tenía París, por concesión real; al decir el *Señor de París*, significábase el Arzobispo ó el Verdugo: el uno estrangulador de cuerpos; el otro estrangulador de almas. El idioma cancelleresco había juntado en consorcio dominical el Arzobispo y el Verdugo en el dominio de la Villa. El ilustre consorte del Verdugo asistía á la inauguración de la novena. No regresó á su pala-

cio: desde las gradas de la Iglesia, su alma subió al cielo ó bajó al infierno; (las actas del tiempo no lo especifican; sólo atestiguan que fué asesinado repentinamente por un sacerdote llamado Verger. En el libro *Causas célebres, proces Verger*, se dice: «su defensa fué la de un loco».

Antes de acabar este relato, á usted le habrá venido á la memoria otro caso parecido, en el cual sólo hay que cambiar las fechas, los sitios y el nombre de los actores: Madrid, el obispo Martínez Izquierdo y el padre Galeote; una solemnidad religiosa, un templo, un asesinato, un obispo muerto y un asesino loco.

Cuando el mundo descubre que el cura asesino es un loco, no necesita investigar más y se da por satisfecho; un cura loco está autorizado para asesinar á un obispo cuerdo, ó por lo menos se le declara exento del artículo del Código Penal contra los asesinos; un cura asesino loco, es loco y no es asesino; así lo han declarado ya los tribunales supremos, medianos é ínfimos.

Los tribunales se inspiran en la ley; la ley se inspira en la ciencia; la ciencia es la ley de la conciencia humana; la ley es la ciencia de la autoridad, ó sea el débil reflejo de la ciencia suprema del tiempo, en la mente siempre mediocre del legislador. Por esto la ley resulta siempre con un pie en la necesidad y con otro en la sabiduría. Por esto el sabio anda siempre reñido con el político legislador, á quien necesita espolear y domar para encauzarle por la senda de la ley sabia. Ahora estamos en época de transición; la ciencia está sosteniendo formidable batalla con la *Jurisprudencia* y con la *Política*, que están empujadas en atascarse en el juicio y apreciación de la responsabilidad criminal. Mucho le costó á la Ciencia recabar del Legislador y de la Justicia la exención del loco en cuanto á la culpabilidad. La disciplina cristiana, teóricamente era superior al criterio jurídico actual; prácticamente era tan inferior como él. Realmente, la teoría del *mal'espiritu* y del *poseso* era el reconocimiento de una fuerza irresistible actuando dentro del individuo; el loco de todos los grados y clases, era un *poseso*; tenía un *diablo* en el cuerpo. Prácticamente, la hermosa teoría se convertía en brutalidad. Para obligar al diablo á salir del cuerpo del individuo, se apaleaba á éste y se le torturaba. Venía á ser esta otra máxima: el loco por la pena es cuerdo.

La ciencia jurídico-legal ha llegado ya á reconocer que es una barbaridad azotar al *diablo espiritual*, insensible á los palos, en el sensible pellejo del poseso; ha reconocido la fuerza irresistible de la locura, y allí se ha atascado. Pero la ciencia jurídico-ética ha avanzado un paso más; no sólo excusa el crimen del loco, sino que persigue el crimen de la locura. La indagatoria no acaba ahí, en el hecho de «un loco ha matado á un cuerdo». La instrucción del proceso es mayor. El juez de instrucción legal pregunta:

—¿Por qué ha matado éste á aquél?— Por estar loco el primero—responden los peritos—y con esto queda satisfecho el juez y terminada la causa. El tribunal jurídico científico la prosigue y arguye y espolea al juez legal diciéndole: ¿no te manda la ley perseguir de oficio todo crimen y delito que se descubra?... La causa comenzó contra el homicida por presunto asesinato; se ha averiguado que no hay tal asesinato; pero ahí surge una locura... ¿La locura puede ser un crimen?... Instruye proceso, indaga... En el Código Penal hay los arts. 429, 430, 436, 439 y 516 que hablan del crimen de mutilación; el 599 habla del envenenamiento; el 581 habla de la imprudencia temeraria... hay los artículos que hablan de la agresión y del derecho del agredido; hay el que habla de las causas racionalmente necesarias... ¡investiga... instruye! La locura es la pérdida de un órgano capital... es la *mutilación ó lesión del cerebro*; la patología lo ha demostrado palmariamente... ¡Anda, juez ahí tienes unas lesiones y una mutilación grave, quizás mortal, quizás más que mortal, pues un loco hace ciento, y cien locos pueden cometer cien homicidios cada uno... Persigue, juez, esas lesiones... Investiga y responde á la Ética:—¿Quién ha causado esas lesiones cerebrales llamadas locuras? ¿Con qué autoridad? ¿Con cuales circunstancias eximentes, atenuantes ó agravantes? Y en resumen, ¿qué artículos alcanzan al criminal autor de tales lesiones? ¿Que daños se siguen al lesionado? ¿Quién debe responder de la indemnización? Justicia, ¡anda! ¿No te atasques! Arre, Legislación perezosa... Arre, Política que abres un ojo y cierras el otro; arre á la Justicia total y absoluta... La ciencia te pone delante de los ojos el crimen; cumple tu deber... persíguelo... busca al criminal... ¡duro! á ver si el autor de la locura es un nuevo loco, y en tal caso á investigar lo que le ha hecho loco á él... ¡hasta el fin!... ¡jarrel... y si es cuerdo y consciente y libre ¡á pagar su crimen á la sociedad! A limpiar el mundo de criminales y de apaches, de falsos comadrones y de enloquecedores de los hombres... Justicia... adelante... anda... anda... Galeote y Verger eran locos en el acto del crimen; algún tiempo antes no lo eran, sino que eran personas cabales, ciudadanos pacíficos y útiles... ¿Quién les ha vuelto criminales? El ser locos. ¿Quién les volvió locos?...

Porque ¡sí! el que les volvió locos debe á la sociedad el crimen social, y al alocado le debe los daños y perjuicios por haberle vuelto loco, por haberle hecho homicida y por todas las consecuencias... ¡Esto reclama la justicia!

¿Les volvió locos el asesinato? ¿Qué más da! Procédase contra el asesinado é impóngasele el castigo y la indemnización; su vida no basta; morir en manos de un loco, no es pena ni es castigo; venga la sentencia justa y cabal, y ejecútase en lo posible.

Esta es la ley de la ciencia soberana.

He aquí, Sr. Peláez, una cuestión que tenía urgencia de tratar.

Al salir de la cárcel el Sr. Prat, hace cuatro años, el cardenal Casañas me consultó sobre lo que debía hacerse con él y sobre el modo de tratarle. Entonces dije á su eminencia:

—El pobre Prat es una gran víctima. Víctima de sí mismo, dirán algunos. Pues yo digo que el Prat de fuera es víctima del Prat que dentro de él han formado las circunstancias, y víctima, además, de las circunstancias del clero de la Merced y del obispado de Barcelona.

Por el trazado de su vida se halla *de-placé*; es anormal en el centro en que se halla. Pero, además, es anormal con respecto á la normalidad común por razón de herencia y de temperamento. La violenta persecución (legal ó ilegal, pero notoriamente injusta ó ilegítima ante la

prudencia) sufrida en estos últimos años, han trabajado hondamente su cerebro; ha adquirido enfermedades que se ceban particularmente en él; por todo ello, con profundo conocimiento de su temperamento, carácter y antecedentes ancestrales, le juzgo propenso, inminentemente propenso a una caída en la impulsividad... Le veo en el borde del crimen... Tengo para mí, que si se somete a examen psicopático, se decidirá que toda ofensa, violencia y dureza observada con él, debe ser considerada como una provocación temeraria al crimen... Está fuera de la normalidad y ha de obrar anormalmente; sobre la prudencia de la disciplina actúan en él esas otras influencias...

He de hacer justicia al Sr. Casañas: le trató con heroica condescendencia y maravillosa benevolencia, que habrían bastado para atraer a la normalidad a todo otro cuyos estragos no hubiesen sido tan profundos; ¡es cierto! Prat necesitaba un médico inagotable en recursos y paciencia. No fue inútil este tratamiento, y habría sido seguramente eficaz, si otros no lo hubiesen estorbado.

Ese dictamen di en Barcelona en 1904; tres años más tarde recibí en París la noticia de comenzarse a verificar mi pronóstico: Prat estaba procesado por violencias en la persona de un beneficiado de la Merced. Sin necesidad de más, su puse la provocación temeraria, como así resultó.

Pues bien, Sr. Peláez; he visto a Prat en Mayo del año pasado, he visto su casa, he examinado su vida. ¿Quiere usted que le trace un cuadro?

Imagínesele usted padeciendo una afección cerebral, de esas que van acompañadas de neuralgias atroces, y que, frecuentemente, terminan en el suicidio o homicidio. Una pequeña contrariedad congestiona su cabeza, inunda su rostro con una ola de sangre, exalta su mirada y coloca sus nervios en una irritabilidad máxima. Allí está, metido, en una de las calles más lúgubres de Barcelona, y allí pasa la vida en un cuchitril de dos metros de ancho por tres de largo, envuelto en los papeles de sus expedientes, fumando, respirando polvo, humo y carbono, con luz escasa y asaltando sus ventanos los ruidos orgiásticos de vecinos lupanares de última estofa.

Allí está, rodeado de sus recuerdos palatinos, de sus años de servicio, de su carácter sagrado y de sus títulos benéficos; allí evoca las fiestas de que está desterrado, el ministerio del cual está expulsado; el progreso profesional que se le ha interceptado; allí está, con sus influencias ancestrales, con su temperamento, con su estado irritable, con su cerebro débil y voluble, con su madre en el hospital, (1) con su neuralgia y con su impulsividad, teniendo por consejeras la enfermedad, la falta de medicina, las tipleblas, el hambre, la calvicie precoz, la impotencia, la sensación de la impunidad judicial, la arbitrariedad eclesiástica, la anarquía autoritaria, la carcajada de sus enemigos, el desdén de los superiores, el aguijón de la punzante mirada del beato... Y a veces se entreabren sus ojos, brillando por encima de la antiparrilla, y se alarga su boca, y se hinchan sus fosas nasales, y se vislumbra en su semblante la fiereza pirenaica...

(1) Este artículo fue escrito a comienzos de este mes: al publicarse, la madre de Prat ha fallecido ya.

¿Qué hará esa fiera, acorralada allí, y que sólo con levantar la falleva puede salir a la calle...? ¿A dónde irá...? ¿Qué hará?

Cualquiera versado en criminología preguntará extrañado: ¿lleva tres años sin haber cometido un crimen...?

Si los lleva; pero no es mérito del obispo ni mérito suyo; es una simple coincidencia. No va a cometer el crimen, porque halla una válvula a su dolor. Tiene la Casa del Pueblo que le acoge, curando con agasajos el veneno que en sus heridas han causado los beatos. Tiene *El Progreso*, desde el cual puede acusar la crueldad eclesiástica. Tiene las *Damas Rojas*, que se cuidan de llevarle a su miserable nido su socorro, como golondrina a sus hijos, menudo y alegre como becada de pájaro. ¿Es por esto que el nombre de Prat no está ya a continuación de la lista de Verger y Galeote? Respondanlo los psicólogos.

¿Se cerrarán algún día estas válvulas de desahogo, o serán insuficientes para dar salida a los gases explosivos del humor inflamado e irritado por la exacerbación de alguno de los muchos males que afligen al desventurado amigo?... He aquí, Sr. Peláez, el problema. Prat ha ejecutado actos de mayor violencia clerical que ese. Cada día y cada hora de su existencia es una violencia. Si ha de seguir mis consejos, no les dará a ustedes el gusto de ver en el patíbulo a un criminal; hay otros medios de realizar la justicia catalana y de rechazar hábilmente la fuerza con la fuerza. Pero, si a pesar de los pesares, ocurriese este desenlace temible, de aquí para entonces doy como interpuesto este diagnóstico y pronóstico, para que los contrasten los peritos titulares, y este alegato en defensa de la justicia: no basta declarar la locura irresponsable del asesinato; es preciso buscar el autor y autores de la locura criminal. ¿Son muchos los curas vueltos locos? Visité a Barona en la cárcel, y lo encontré loco, pesía a su organización cerebral perfectísima. Visité a Verdaguier en la Gleba, y lo hallé loco, taciturno, receloso, misantrópico y bajo una manía persecutoria. El P. Peters aparece degollado en Chamartín de la Rosa; los jesuitas declaran que se había vuelto loco. Galeote loco; Verger loco... Frailes locos; monjas locas; curas locos... ¿No es hora de que la justicia se preocupe de esta epidemia de locos criminales, que acaban en el suicidio, en el asesinato, en el escándalo ruidoso, o en el crimen secreto de la muerte por consunción?... ¿No es hora de que nuestro Estado, tan rígido en el castigo del asesinato, haga avanzar un paso más a los jueces, obligándoles a buscar los criminales autores de la locura, definiendo si se han vuelto locos por espontaneidad de un organismo anómalo, o si les han vuelto locos con violencias trastornadoras del cerebro más equilibrado?

Para evitar estas locuras artificiales, existen las leyes, frenadoras del capricho de las autoridades, incluso del Papa. España, cuando era potencia europea, procuró cortar al Papa y obispos, a fin de que no pudiesen volver locos a sus súbditos. Estas leyes preventivas y profilácticas han caído en desuso. Aquí se dan escándalos como los de Verdaguier, sin que el Estado se preocupe y sienta la dura mano del poder a los obispos autores del vergonzoso escándalo. Ya que se ha

suprimido la vía preventiva, hay que reclamar medidas represivas y punitivas. Pidamos el castigo de los obispos, racionalmente culpables de las locuras de sus clérigos; tenemos derecho a exigirlo en previsión de nuevas locuras criminales o no criminales.

Las reflexiones a que conduce este sistema eclesiástico, son bien poco honrosas para tal Instituto oficial del Estado. En muchas partes el clero se ha apercibido de la inutilidad de los cánones en favor del súbdito y de la impunidad oficial de las autoridades. El propio Prat hubo de hacer efectivo el arreglo de un negocio usando del argumento de la bofetada limpia. En Madrid, el P. Galo Cristóbal hubo de convencer con igual razón a un secretario de cámara. En Osma, otro sacerdote vióse en el caso de apoyar con la elocuencia del revólver mudo, la vana elocuencia de las leyes. En los conventos se ha preconizado igual disciplina. A medida que enmudecen las leyes, van hablando los puños. A este paso, bien pronto llegaremos a tener el clero convertido en cuerpo nacional de matachines, en el cual los Nelos, Mementos y Pernales escalarán los puestos preeminentes. Ante la bancarrota del Derecho, asoma sus puños la Fuerza bruta.

A tal extremo ha venido a parar la Iglesia de Dios y la familia de Cristo... Lo último de lo último. A estilo de los lenocinios en cada sacristía y en cada cámara episcopal, irán apareciendo los matones, de hereúlea musculatura, semejantes a los sayones que guardaron la cruz en el Calvario. ¡Magnífico cuadro! ¡Las llaves del cielo convertidas en un garrote y una porra!

S. PEY ORDEIX

Fábrica de moneda pontificia

Se están terminando en la actualidad, en los talleres de la Congregación de Ritos, 321 causas de iniciación de procesos para beatificaciones y canonizaciones, repartidas: 281, Europa; cinco, África; 23, América; 10, Asia, y dos Oceanía.

A razón de 150.000 pesetas de depósito previo, sin lo cual los talleres no entran en función, han entrado en la Caja de la Fábrica 48 MILLONES 150 MIL LIRAS, francos y pesetas. A España nos tocan VEINTE causas, o sean CUATRO MILLONES, que se llevan los santos pidiendo entrar en el teatro celestial, en tanto que cien mil españoles salen emigrados sin un céntimo, buscando el pan en el destierro. ¡Y dicen que los santos no comen!

FIESTA CIVILIZADORA

Voy a hablar de un suceso ocurrido en la capital de Cuenca, afluída por el malsano ambiente de esa clérigalla que procura por todos los medios imaginables sumergirla en la barbarie para mejor dominarla y explotarla.

Escribiendo me encontraba en mi domicilio el día de San Antón, cuando entró una mujer del pueblo a decirme, que mientras los fieles se solazaban en la fiesta del santo, el badojo de una de las campanas de la Ermita de San Antón

cayó al suelo, causando la muerte á una pobre mujer.

Al mismo tiempo que deploraba el sensible accidente, no pude por menos de sonreír en rictus amargo al figurarme la escena. Al principio un gran revuelo en la multitud, no sé si por compasión ó curiosidad... Después, la mayor indiferencia... Y vuelta á empezar. Los jóvenes, pisotando á las muchachas; los viejos, comprando golosinas á los chiquitines; y grito, y voces y estruendo... ¡Como que iban á retirarse ellas ni ellos viéndose ataviados con sus trajes nuevos! La bestia humana se divierte. ¡Dejémosla que ríal... ¿Qué importa una vida menos?

Tal vez, pensaba yo, haya sido un castigo de Dios, como dicen los curas. ¿Pero qué castigo puede aplicarse á una pobre mujer, que acaso iría á rezar al santo?

Lo que no me explico es como éste no aprovechó la ocasión para realizar un milagro, bien deteniendo en el aire el badajo asesino, bien resucitando á la mujer. Entonces sí que hubieran elevado los curas el ya elevadísimo precio de los mendrugos de pan bendito, que el pueblo supersticioso compra ese día como algo venido de las manos del Eterno.

¡Hermosa fiesta! En el arroyo, un charco de sangre humeante; el pueblo comprando pedazos de pan milagroso; los curas cantando; y un cerdo al lado de un santo de madera simbolizando la estupidez humana...

¡Así se civilizan las naciones!

FÉLIX MARTÍNEZ PAGE

Cuenca, Enero, 1910.

Accidentes de la vida

Me escribe un suscriptor desde Morón:

«Varios amigos de aquí están intrigadísimo por resolver un problema de orden metafísico que, sin saber cómo, se les ha metido en la mollera á causa de un rumor que allá por Octubre circuló por aquí de boca en boca.

Gentes adictas á Satanás, pues no puede ser de otro modo, afirmaban que el vicario hallábase predicando en la parroquia de San Miguel con motivo de una solemne función de desagravios por los sucesos de Barcelona. Estaba el buen... vicario llamando á grandes manotazos y quejumbrosos acentos al ángel exterminador para que le auxiliara en su tarea de triturar á la chusma luzbética, ralea vil, anárquica, ladrona, infame y soez. Pedíale inspiración para describir fielmente esas cavernas inmundas donde se educan los vivientes representantes de Lucifer, enemigos contumaces de Dios y de su Ley. Nadie duda que hubiera triunfado como siempre, porque por maestro se lo tenía en esta especialidad; pero un pequeño incidente vino á desbaratar el espeluznante cuadro ya bosquejado. Cuando el auditorio hallábase con la boca abierta dispuesto á digerir hasta lo más indigesto, cerró el vicario su pico en forma tan alarmante, que infundió pavor en las sencillas almas de la católica concurrencia...

¡Ansiedad general! ¡Larga pausa! El vicario intenta reanudar su obra catolizadora, abre la boca, pero no vibra su palabra; vacila, se tambalea, y, por último, cae pesadamente sobre el pavimento de la Sagrada Cátedra para no levantarse

más. Esto ocurría el 12 de Septiembre, y el 8 de Octubre estiró la pata, expresión frecuente en él.

Mis amigos, que son muy curiosos, me preguntan desde entonces á cada paso: ¿Es cierto que los ministros del Señor se hallan bajo la inspiración del Espíritu Santo? Siendo esto verdad, y en vista del fin que se perseguía y del resultado conocido ¿quienes caían bajo el anatema que por inspiración del Espíritu Santo fué lanzado?

Yo, que conozco la fina intención de las preguntitas, y temiendo no poder salir airoso del atolladero en que mis buenos amiguitos quieren meterme, se las traslado á usted, seguro de que colmará sus deseos.

En secreto y para que no le cojan en trampa, diré á usted que hace muy pocos meses que se aseguró la vida nuestro protagonista.—Cándido.

A cualquiera, menos á mí, ha debido ese amigo dirigirse para resolver esta cuestión. No admitiendo la existencia del Espíritu Santo, mal puedo yo creer que inspira á nadie. Y añadiré más: si la admitiera, negaría con más ahínco lo de la inspiración, al enterarme de las barbaridades que se sueltan por esos pulpitos.

Por lo demás, esto de morirse las personas, y hasta los curas, en pleno ejercicio de su profesión, es frecuente, y explicable; algo más me hubiese extrañado la muerte de ese vicario con un azadón en la mano, ó ayudando á levantar una mula á un samaritano cualquiera.

Y á propósito de esto, y porque confirma mi aseveración, y porque á la vez tiene mucha gracia, ahí va un soneto inspirado en un suceso parecido y que publicó Villergas allá por el año cuarenta y tantos del siglo pasado:

EL CÓLERA

Hubo cólera morbo en Santa Eufemia, lugar francés, y tanto miedo hacia que esperar en la ciencia se tenía por inútil y estúpida balsemia.

Reso vióse en levítica academia que el cura un buen sermón predicaría porque este santo antidoto sería bastante á la extinción de la epidemia.

Sube al púlpito el cura, y de sus galos así a entrar los ánimos procura:

«Si alguien teme morir, merece palos, pues debe ser perversa criatura; que ya no mata Dios más que á los malos.» Y acabado el sermón, murióse el cura.

RECORTE

Los hipócritas se indignan. «¿Por qué —preguntan— predicar el odio, la división? ¿Por qué ensanchar las heridas de este pobre país destrozado? ¡Esta es una obra impía!»

Nosotros amaremos á los que nos amen. Cuando los ricos amen á los pobres, los pobres amarán á los ricos. Nosotros amaremos á los que amen lo que nosotros amamos: la verdad, la libertad, la justicia. Y precisamente porque amamos mucho y bien, odiamos con igual intensidad. El amor es el odio; el odio es el amor. Todo es uno.

Amar la verdad, la libertad, la justicia, es aborrecer la mentira, la opresión, la iniquidad; es odiar á los mentirosos, á los expoliadores y á todos los que les apoyan

y sostienen. El «moderado», el nombre neutro que no odia el mal y los malhechores, es un malhechor posible ó probable que sólo espera una ocasión para manifestarse como tal.

URBAIN GOHIER

VULGARIZACIONES ECLESIASTICAS

El tormento en los conventos.

V

DERECHO PENAL SUSTANTIVO Y ADJETIVO.

—LAS REGLAS ANTIGUAS.—LOS BENEDICTINOS AZOTAN, ENCARCELAN, PISOTEAN, PONEN GRILLOS Y MORDAZAS Y ATAN UNA SOGA AL CUELLO DE LOS FRAILES.—LOS MONJES BASILIOS APALEAN, METEN EN LA CÁRCEL Y SÓLO DAN PAN Y AGUA Á SUS HERMANOS.—LOS MOSTENSES DAN PALIZAS, ENCARCELAN PERPETUAMENTE, TIENEN TODA LA VIDA Á PAN Y AGUA Y EMPAREDAN Á LOS REOS.—EL COLMO DEL DESPOTISMO MONÁSTICO.

Las órdenes religiosas, así de hombres como de mujeres, regulan sus actos y vida al tenor de lo que disponen su Regla y sus Constituciones. A esto se agrega lo que en el transcurso de los tiempos van preceptuando los definitorios, capítulos generales, congregaciones, correctorios, etc. Todos estos nombres, que varían según las diversas órdenes, significan una especie de Asamblea ó Congreso general del instituto, en el que tienen voz y voto los provinciales, superiores y cierto número de padres graves, que asisten como delegados de las diversas casas y provincias de la orden. Lo que allí se establece, define y aprueba tiene la misma fuerza y autoridad que la Regla del fundador, y obliga á todos su cumplimiento en virtud del voto de obediencia que prestaron el día de su profesión. Lo que se dice de los frailes se hace extensivo á las monjas de la misma orden, y todo lo decretado en estos capítulos ó asambleas es sometido á la aprobación de la Santa Sede, pasando en seguida á formar parte del Derecho monástico. Los fundadores de las órdenes fueron, en general, muy parcos en dictar leyes; pero sus hijos han estado atacados de una verdadera manía legislativa; testigo de esto son el farrago de decretos de los franciscanos, carmelitas, dominicos, jesuitas, agustinos, etc., etc.

Las reglas más antiguas son las más benignas; la de San Alberto, origen de todas las carmelitanas; la de San Francisco, el que dice en su aclaración al capítulo X: «no quiero ser tirano para castigar y azotar como las potestades del siglo»; la de San Baudilio y otras que forman el Derecho sustantivo del monacato, apenas encierran una ligera sombra de Derecho penal.

Tiene esto su explicación: aquellos hombres humildes y realmente virtuosos creían que todos sus hijos eran tan buenos ó mejores que ellos, y entregaron á la amonestación caritativa del superior el remedio de las ligeras faltas que sus monjes pudieran cometer.

Pero vinieron luego los discípulos á enmendar la plana á los maestros y crearon el Derecho penal monástico adjetivo, dictado por unos espíritus crueles y pe-

simistas, con vistas siempre á la corrupción humana y siempre con el ideal de que cada orden fuera un mundo aparte, sin más leyes que las propias, de igual modo que la Iglesia se gobernaba por sus cánones, cual si no existieran reyes ni legisladores sobre la tierra.

Examinemos estas reglas y constituciones con la brevedad que exigen esta clase de escritos, que no son un libro, ni un estudio perfecto del monaquismo, y el lector imparcial verá que eso de los *tormentos conventuales* no son inventos de novelones impíos, ni calumnias de secretarios republicanos y liberalotes.

Regla de los benedictinos y de los cistercienses.

Es una de las más extensas. La escribió el mismo San Benito de Nursia en el siglo VI. Edición en castellano, impresa en Valladolid, año 1599.

En su capítulo XXII dice el santo «que se aplique el castigo corporal á los monjes que no se corrijan.»

En el capítulo XXVIII se declara que «este castigo corporal consiste en azotes, aunque sean sangrientos, y después la expulsión.»

En el capítulo XXX, se prescriben «crudos azotes á los niños monjes (sin duda se refiere á los novicios ó escolanía). «Si los niños se equivocan en el coro, dónseles azotes.»

Respecto á penas corporales no hay nada más en los setenta y tres capítulos que tiene esta Regla.

Pero más tarde se creó para los benedictinos un código penal más concreto y extenso, como consta por las *Constituciones de San Benito* reformadas, edición de Madrid, en castellano, año 1612.

Capítulo LXI.—En este capítulo constan las penas que se imponen á los frailes benedictinos por culpas leves, graves ó gravísimas. Se empieza por el ayuno á pan y agua, largas horas de rodillas, la postración sobre el suelo, ponerlos tendidos á la puerta del refectorio para que toda la comunidad pase por encima y los pisotee, la mordaza, los azotes con disciplinas á espaldas desnudas en medio de la sala de capítulo. A esto llaman los benedictinos *juicio en carnes*, y mientras azotan al reo los frailes rezan muy despacio el salmo *Miserere* ó más salmos si así le place al abad. En este capítulo se establecen largos años de cárcel ó encierro con prisiones, que significan *grillos y cadenas*, y los azotes con disciplinas en las espaldas desnudas, llamados *juicios en carnes*. Para los frailes más culpables, ó que se les juzga tales, *cárcel perpetua* con alimento á pan y agua tres días á la semana, y esto durante toda la vida. Azotes en las espaldas el primer viernes de cada mes con *grillos en los pies* y una *soga al cuello*, y las demás penitencias que se quiera multiplicadas y agrandadas al *albedrío del general*.

No puede darse mayor crueldad. Y lo más censurable es que lo mismo en esta Constitución benedictina que en las demás reglas monásticas, se concede más amplitud para castigar al superior que á la ley escrita, que es lo mismo que establecer que el fraile ó monja vivan en todo al arbitrio de los caprichos de sus superiores.

Da frío el pensar las atrocidades que pueden cometer un prior ó abadesa si son gente de instintos crueles ó vengativos, ó toman ojeriza á alguno de sus súbditos, ó quieren vengarse de cualquier

individuo de su convento. Esto explica esos escándalos tan frecuentes que se han presenciado de monjas fugitivas que se han arrojado por ventanas y tapias, huyendo de malos tratos, ó que se han suicidado, como veremos más adelante. En seguida se dice que estaban *locas*. Los que lo fueron realmente son aquellos que pusieron en manos de un hombre la facultad de dar unos tormentos como los citados, facultad que no hay juez ni magistrado en la tierra que la tenga.

Constituciones de los monjes de la Orden de N. S. P. Basilio el Magno, para las provincias de España.

Están escritas en latín y editadas en Sevilla, año 1644. Están confirmadas por el Papa Alejandro VII.

Parte 2.^a, capítulo XIII, número 3.—Trata de los monjes apóstatas y fugitivos y dice:

«Con las espaldas desnudas sean azotados con varas por el prelado ó por otro, delante de todos. En seguida sean conducidos á la cárcel y coman sólo pan y agua de rodillas dos veces á la semana.»

Se consideraba como apóstata al que se quitaba el hábito y como fugitivo al que pasaba una noche fuera del monasterio. Por estos delitos buenas azotainas con varas, y pan y agua dos veces á la semana, y éste se lo habían de comer de rodillas. No señala cuánto tiempo habían de estar presos: el que al superior le diera la gana. Y si no, fíjese el lector.

Capítulo XXVI. Número 3: «En los casos en que nuestras Constituciones no señalan pena taxativamente, aplíquese la que disponga el arbitrio del superior.»

No puede darse un despotismo más odioso. Y esto lo prescriben gentes que alardean de caridad y humildad sin límites. ¿A qué reo en lo civil, aunque haya cometido el crimen más odioso, se le da á comer pan y agua solamente, y eso dos veces nada más en semana y con la coletilla de que no se lo puede comer sentado, sino de rodillas? ¿Cómo pueden ser buenos y compasivos para los demás los que tan crueles son consigo mismos?

Constituciones de la Orden Premonstratense Congregación de España.

Valladolid, año 1679, en casa de María Pórtolos. Estos frailes son los que el vulgo llama *mostenses*. Los fundó San Norberto.

Las Constituciones citadas son una compilación y refundición de la Regla del fundador, según los capítulos generales de la orden celebrados en 1618 y 1620. En ellas abundan también las palizas, las cárceles perpetuas, el pan y el agua por toda la vida y hasta el emparedamiento. Están escritas en latín.

Distinción IV, capítulo X, de los reos de cárcel. (De *incarcerandis*): «Sean encerrados (los frailes) al arbitrio del superior.»

Capítulo XI: «Que á todos y á cada uno de los tales culpables, metidos en la cárcel se les alimente sólo con pan y agua por todo el tiempo de su vida.»

Capítulo IX: «Si alguno se conduce como furioso ó frenético, sea puesto en cárcel la más estrecha (*arcta custodia*), que significa emparedado.»

Capítulo IV: «El penitente pida la venia en capítulo y desnudado sea azotado cuanto le plazca al superior.»

Estos azotes los daba toda la comunidad, que iba pasando por delante del in-

feliz, mientras se recitaban nns preces; y fíjese el lector que siempre se hace constar que el capricho y el gusto del superior es el que regula la duración y gravedad de estas penas. ¿Quién osa rebelarse ni contrariar á un hombre revestido de tales poderes?

Dadme un superior cruel, envidioso, ignorante, vengativo, y con estas reglas y constituciones en la mano, *licitamente* y sin que nadie le pueda ir á la mano, puede mandar al cementerio á toda la comunidad que dirige. ¡Y aun se afirma que no ha habido frailes y monjas atormentados! Pues ¿para qué se escribió lo que citado queda? Pero aun falta mucho más.

FRAY GERUNDIO

Una teoría del señor Nuncio

Discurre sobre el origen de la frase «supremacía del poder civil», que atribuye á invención de los demagogos.

El poder civil dice etimológicamente es el poder de la ciudad. ¿Cuánto sabe!

Y añade que «no discute la supremacía del poder civil dentro del Estado», pero sí con respecto á la Iglesia.

¡Hola! Pero la Iglesia está fuera ó dentro del Estado? Si está fuera, nada tiene que ver el poder civil con los ciudadanos y ciudadanas de afuera; si está dentro... por la boca muere el pez: ha de ser supremo el poder civil. ¿No está ni dentro ni fuera? Pues prescindir de ese Duende.

¿Quiere estar dentro cuando se la busca fuera, y fuera cuando se la busca dentro? Pues no es una persona jurídica, sino un titirimundi.

Y sigue teorizando:

«La Iglesia es una sociedad perfecta...» ¿Sí? Pues lo perfecto no necesita de nada más para sus funciones, y con esto está dicho que esa señora Iglesia no necesita del Estado ni de otra sociedad alguna. Trabaje ella, coma ella, compóngase ella no molestando á nadie, y así tódo andará á la perfección. ¿Necesita de todos la inútil...? Pues ¿y su perfección?

¡Burradas, burradas y burradas!

El Nuncio quiere amalgamar, casar, liar y enredar con la Iglesia el Ejército.

Eso hacen las rameras: coger del brazo al hombre, aunque éste no quiera, y brindarle amor y caricias de gata. Y el «hombre» sabe que cuando ella le dice: «¿cuánto te quiero!», debe traducirlo: ¡Tonto: dame tu bolsa!...

La Iglesia se ve ahora comprometidilla: sabe que á la vuelta de la esquina la esperan las víctimas de sus desaguisados, y por esto trata de coger del brazo al Ejército para pasearlo por la vía pública, como la ramera al majo.

Solo que los ejércitos europeos van ya escarmentando. En Francia la milicia se ha soltado, diciéndole:

— ¡Taday... probeza! Anda á componértelas con el pueblo á quien tantas veces amotinaste contra el Ejército... Y en España recordamos las tres guerras civiles, en que la Iglesia armó de trabuco la facción para asesinar al Ejército.

El Ejército español venera los mártires y los héroes de la fidelidad.

Tiene memoria.

UN DESPOJO

Obediente al mandato de su súplica me he sentado á la cabecera de la cama, y el pobre enfermo, lento y trabajosamente, me ha relatado en síntesis los

episodios más tristes de su penoso vivir.

Es verdad que los míseros que vuelven tenazmente los ojos al pasado, son los despojos inservibles que en la batalla de la vida perdieron por entero la fe, temerosos del dolor de las heridas más que ambiciosos del honor de la victoria; pero es cierto, lector, que un hado fatal ó sabio, bienhechor ó maligno, yo no sé bien si sumamente poderoso, ó si sólo maravillosamente hábil, se interpone con abrumadora frecuencia en la mitad del camino, para saborear gozoso el espanto del caminante que se ve súbitamente despojado de sus bellas esperanzas y convertido en abismo la fácil senda, ó para burlarse de la ingenua especulación del desvalido ante la felicidad real en que como por arte de magia se ve envuelto de pronto.

Hay hombres que no debieran haber nacido, y hay otros en cambio, que no debieran ser arrebatados de la muerte hasta ver por entero cumplidas sus ilusiones. Este pobre tuberculoso que en las últimas horas de la vida recuerda con infantil júbilo sus proezas de trabajador vigoroso y joven, pertenece á los últimos.

Mientras su pecho jadeante se extremeció vencido por las frías garras de la última fiebre que comienza el epílogo fatal, brillan sus ojos en centelleos fugaces con una extraña animación de vida, y de sus labios que tiemblan con el afán de aquellas pasadas horas de plenitud juvenil, en que el rudo traba ar campesino daba frutos opimos de salud y alegría, de sus labios descoloridos que á veces se contraen en una mueca espantosa de desesperación y de impotencia, van saliendo lentamente las palabras apagadas que evocan un paraíso de felicidad, de amor, de inocencia; que también dicen infancia y desagravamiento.

—En tierras de Extremadura vivíamos, en un pueblo que parecía de juguete por lo pequeño y que era casi todo de un solo amo... Era yo para el trabajo como un hombre de hierro; ¿quién era capaz de cansarme á mí? Al entrar una tarde en el patio de la finca de vuelta del campo, nos leyeron un telegrama: todo el trigo de la panera habían de sacarlo los carros en dos días para yo no sé dónde. Todos se fueron. ¡Venían rendidos del trabajo! Entre mi padre y yo dimos mano á la faena y la terminamos... Luego, un puñado de días en la cama como un muñeco sin resortes... un pulmón roto, destrozado; era inútil.

—¿Y el amo?

—¿El amo?...

¡Qué trágico, qué elocuente silencio el de este hombre al nombrar al amo!

—¿Y sus padres?

—Murieron...

Y el pobre tuberculoso ha muerto también al tratar de limpiarse una lágrima que no ha llegado á los ojos, que se ha quedado en el corazón; se ha extinguido como una llama en la erupción sorda y áspera de un acceso de tos.

ARTEMIO

El doctor Fraguas víctima de la reacción

Ya en *El País* dediqué unas líneas al doctor Fraguas, entusiasta republicano y sabio médico, recientemente fallecido en Barcelona,

y hoy, contando con la hospitalidad que me conceda D. José Nakens en EL MOTIN, renovaré un mo-esto recuerdo (y no será el último) al que fué querido amigo é irreductible luchador.

Porque José García Fraguas ha muerto víctima del cumplimiento de sus ideales; su espíritu, del temple del acero, se ha roto, pero no se ha doblegado. Por no claudicar, como es uso entre *Azorines* y *Claudio Frollos*, (á trueque de la tranquilidad y un mendrugo) prefirió arrostrar toda clase de bajas persecuciones, puso en hipoteca su sosiego, su carrera, su porvenir y por fin su vida, que un gobernador maurista le arrebató á fuerza de torturas morales sin cuento.

Comenzó á darse conocer Fraguas en la famosa Juventud Republicana de Madrid, panteón de esforzados paladines que hoy, ya hombres maduros, combaten contra la reacción. Fué un incansable propagandista y su palabra enérgica se dejó oír en cuantos mitines y conferencias dió aquella entidad hace una veintena de años. Doctorado en Medicina y sin suscribirse á las tareas periodísticas, en las que brilló por sus artículos políticos, pasó á desempeñar una cátedra en Salamanca, donde tuvo el primer tropiezo. El cerril obispo de la diócesis hubo de excomulgar un libro suyo de texto y la vida se le hizo imposible en la arcaica y levítica población.

En Valencia y Zaragoza luchó denodadamente en defensa de sus mas bellos ideales: la República y el Librepensamiento, figurando en la política de la capital aragonesa como concejal republicano.

Ya por entonces había publicado dos notables novelas: *El estudiante* y *Los universitarios*, un libro sobre *Gimnástica* y estaba terminando una importante obra sobre *Neurología*, prologada por Cajal, que luego élitó en Barcelona. Sus estudios sobre Higiene le valieron merecidos elogios de la prensa profesional extranjera y su obra póstuma, *Amatoria Sexualis*, recientemente publicada, marca el apogeo de su cultura y su privilegiada inteligencia.

Pues bien; este hombre estudioso, honrado, bueno, cabaleroso, cumplidor de sus deberes profesionales y sociales, que ganó en reñidas oposiciones el cargo de Inspector provincial de Sanidad, que ocupó en Zaragoza y pa- luego á desempeñar en Barcelona, encontró á su paso un gobernador del género infimo que le dijo: «¡Ayto, republicano, de aquí no se pasa!»

Era en la época maurista, de triste recordación, cuando Barcelona, Cataluña entera, estaba dominada por el reaccionario Cambo, teniendo á sus ordenes, como intermediario del gobierno central al inverosímil gobernador Ossorio. En estas condiciones, ¿cómo iba á ser inspector de Sanidad de la provincia un hombre de ideas libres y generosas?

Y entonces comenzó el calvario de Fraguas. El gobernador Ossorio le puso la proa y prometió exterminarle. Pero no de un golpe de i-sivo y noblemente, cara á cara, sino jesuítica é hipócritamente, descuartizándole á espaldas suyas y aprovechando toda ocasión para hacerle sufrir humillaciones.

Recuerdo que un día alguien dió á un portero del Gobierno civil la siguiente orden: «Cuando haya Junta de Sanidad y venga el primero el señor gordo (por Fraguas) no le dejen entrar, no sea que se lleve la escribanía.» Así las cosas en las oficinas del señor gobernador civil de Barcelona. En otra ocasión volvió á la espalda delante de sus subordinados cuando Fraguas iba cortesmente á saludarle, no sin soltar una fea expresión (sotto voce) que le rió su secretario. Había jurado, en fin, matarle á disgustos, que serían incontables si hubiera de re-atarlos, hasta el extremo de enviar á casa de Fraguas buen golpe de policía á recoger un expediente, que nadie le negaba; pero el caso era poner en zozobra á la familia y dar pábulo á la murmuración del vecindario, que era lo que se proponía el digno discípulo de Cervera.

Pero cuando Ossorio recurrió su sana contra el inspector de Sanidad republicano y fiel observador de sus deberes profesionales, fué cuando éste inquirió cómo se gastaban los fondos llamados de la Higiene, que no eran mejor aplicados que en otros gobiernos ci-
viles, y ya sabemos todos, es decir, saben los gobernadores cómo se aplicaban. Fraguas quiso que estos fondos sirviesen para sostenimiento de un hospital de San Juan de Dios (que en Barcelona no existe tal especialidad) según está estipulado, y Ossorio resistióse á soltar el monopolio de los codiciados fondos á pesar de que un periódico (*El Diluvio*) daba tácitamente la razón al inspector de Sanidad, poniendo de relieve la escandalosa aplicación que de dichos fondos el gobernador hacía. Total, que Fraguas fué sometido á expediente y luego procesado y suspendido de su cargo. ¿Por qué motivo? El motivo era chusco: ¡por empadronar en el registro de Higiene á las mujeres menores de veintitrés años! Este infame proceso embarullado con las declaraciones de algunas mujeres de la vida y unos cuantos chulos de mancebía, sirvió para aniquilar temporalmente á Fraguas, cuyo ánimo entero y firme espíritu resistió heroicamente los embates de la fiera conservadora. Pero su organismo, en cambio, no resistió la sacudida, y una afección cardíaca le ha llevado al sepulcro seis días después de SOHRESEIDA la causa y cuando iba á ser repuesto en su cargo.

No ha podido ver su rehabilitación completa; ha muerto víctima del execrable Ossorio, el funesto exgobernador de Barcelona, cuyo confidente Ruil habría hecho estallar cuarenta y tres bombas ametrallando al pueblo catalán.

J. CABALLERO DE LA VEGA

Barcelona, 17 Enero, 1910.

Acto de contrición

Exclamaba un franciscano

auxiliando á cierto herido:

—perdone al que le ha ofendido

para ir á la gloria, hermano.

—Padre, salvarme me halaga—

contestó con grave tono;—

si me mueras le perdono,

pero si no me la paga.

JOSÉ ESTREMER

Bibliografía

Hemos recibido los cuadernos 2.º y 3.º del *Atlas Geográfico Pedagógico de España*, que corresponden á las provincias de Segovia y La Coruña; obra de gran utilidad, pues con ella puede hacerse el estudio de la geografía de España de un modo fácil y práctico.

Cada uno de los 2.º y 3.º igual que los restantes que componen la obra, lo forman un mapa general de la provincia, tirado á nueve tintas, que puede servir de modelo al alumno, y cuatro hojas, una que corresponde á los partidos judiciales y ayuntamientos, con la letra inicial que corresponde al nombre de la población, la misma hoja sin iniciales ó mudo, otra en la que además se trazan los ferrocarriles y carreteras y la cuarta correspondiente á la orografía é hidrografía de la provincia.

Dichos mapas están trazados por DON BENITO CHIAS Y CARBÓ y otros cartógrafos; como complemento les acompaña un texto, en el que se hace una descripción completa de cada provincia.

Cada cuaderno vale cincuenta céntimos de peseta, y á los que adquieran toda la colección, se les regalará un hermoso mapa de España y Portugal, tamaño 75 por 100 y escala de 1:1.500.000.

Los pedidos al editor ALBERTO MARTÍN, Consejo de Ciento, 140, Barcelona y en las librerías ó centros de suscripciones.



SECCION AMENA

El... Espíritu Santo

Imitando á Mahoma, el cura de un pueblo muy dado al milagro acostumbró á una paloma á sacar de sus oídos los granos de trigo que de antemano colocaba, y á que se posara sobre sus hombros apenas le oía decir: «¡Espíritu Santo, baja!...»

Una noche se notaba extraordinaria animación en el pueblo; en cafés, tabernas, tertulias y casinos, comentábase la influencia ultraterrena de D. Pascacio, el cura, que el día anterior, durante la misa, había prometido á sus feligreses que descendería á él en el púlpito el Espíritu Santo en figura de paloma.

Cuando al día siguiente subió á la tribuna sagrada, centenares de personas llenaban ya el templo ansiosas de presenciar el milagro. Reinaba tal silencio, que se hubiera oído el roce de las alas de una mosca.

Comenzó el sermón con la invocación de rúbrica y á los pocos minutos gritó el cura:

—¡Espíritu Santo! ¡Baja, baja para convencer á los incrédulos de que soy el intermediario entre lo divino y lo humano! (Las jóvenes llevábanse el pañuelo á los ojos; los hombres, arrodillados, clavaban sus miradas en el pavimento; las viejas rumiaban ininteligibles oraciones.) «¡Espíritu Santo, baja, bajaaa!...»—proseguía el cura impaciente.

La duda iba tomando cuerpo en los circunstantes, y D. Pascacio gritaba cada vez más fuerte: «¡Espíritu Santo, por favor ó por caridad, baja, bajaaa!...»

De pronto apareció Juan José, el monaguillo, encargado de abrir la jaula, é inclinándose sobre la barandilla que rodeaba el coro gritó estentóreamente:

—¡Don Pascasio! el Espíritu Santo no puede bajar porque se lo ha comido el gato.

(Una carcajada unánime resonó en el templo.)

—¿Qué ha dicho ese perillán?—preguntó colérico el cura.

—¡Que el Espíritu Santo ó se lo ha comido el gato, ó se ha ido, porque en la jaula no está!...—replicó en el mismo tono el monaguillo...

CONTENTINE

Palma del Río.

Chasco gracioso

Llegó un fraile á un pueblo, y no teniendo donde alojarse, llamó á una puerta pidiendo albergue.

—¡Ave María!...

—¿Quién llama tan á deshora?

—Soy yo, hermana; voy de camino hacia un lugar próximo á ejercer mi sagrado ministerio y no quisiera pasar la noche á la intemperie.

—Pase usted. Le advierto, padre, que somos muy pobres, y no podremos tratarle como quisiéramos...

—Eso no importa; ¿cuántos son ustedes de familia?

—Tres; mi marido, yo, y una hija de veinte años que...

—¿Será religiosa?

—Y guapa y amante de sus padres.

—Bien, muy bien. Me quedaré aquí esta noche. Nuestro Señor Jesucristo vivió siempre en la pobreza y yo debo imitar su ejemplo.

—Como usted guste.

El cura se acuesta. Al poco rato se levanta y recorre la casa en calzoncillos; vueltas por aquí, paseos por acá, y nada. Al fin decide jugarse el todo por el todo y grita:

—¡Eh, señora!...

—¿Quién viene á molestarme otra vez?

—Soy yo, su huésped.

—¡Ah! ¿es usted, padre? ¿quiere algo, se encuentra enfermo?

—No, es que me parece haber oído gemidos...

—Pues no sé quién pueda ser...

—¿Qué se haya puesto mala la niña.

—¿Qué niña?

—La de veinte años.

—Padre, ¡pero si está sirviendo en Madrid!...

Al día siguiente, cuando la señá Evangelista fué á llevarle el chocolate, el fraile había desaparecido como por encanto.

JOSÉ LUIS CORREAL

El capellán de las...

Desteñida la sotana hacia la parte del pecho, lustrosa de pura pringue y calva como su dueño, los brazos como dos aspas, flotando al aire el manto, la teja inclinada al lomo y caminando resuelto, allá va la vera efigie del capellán don Prudencio. Cansado va de la brega, que ha sido un día de perros entre escuchar confesiones y recetar «Padrenuestros», y preguntar á las chicas si han tropezado en el sexto, ó si, por caso maligno, le ha visto alguna entre sueños. No hay más que verle la cara para juzgar de sus hechos: es su nariz un tomate, tiene por ojos dos huevos,

y entre sus labios, de forma de chorizos extremeños, salen los dientes de luto como si fueran de duelo. Habla despacio, lo mismo que si dijera algo bueno; escribe Josef, dejalle, magüer, non y otros excesos, y asegura que la Meca es la señora de Meco. Siempre que habla con las madres pone la vista en el suelo, tal vez por verlas los bajos, ó por ser él muy honesto. ¡Qué nochebuena tan buena habrá pasado allí dentro, en el redil encerrado con el rabel ó el pandero, entre las madres, las hijas, las del servicio doméstico, vírgenes de la reserva, cándidas de medio cuerpo, inocentes criaturas, mártires de á real y mediol ¡Allí, entre tantas zagalas, algunas en zagalejo, siendo él zagal uno y solo para todos los efectos de entonar los villancicos delante del nacimiento! ¿Qué extraño es que vaya el hombre, ó el cura, no equivoquemos, después de tan buenos ratos tan engallado y tan tieso? Contempladle con envidia: aquel es, aquel tan feo... ¡Y luego dicen que el diablo tiene cara de conejo!

E. DE P.

Dos sempiternos abonados al *Abanico* charlaban en una taberna el día de Viernes Santo.

—Oye, tú, Mellao—preguntó el uno á su compañero.—¿Por qué le llamarán á Dimas *El buen ladrón*?

—Toma! Porque era uno de los más inteligentes en el oficio, y no había reloj que se le escapase.

—Ahora lo comprendo.

—Pero Bartolo—decían á un gallego adinerado,—¿por qué no vuelves á Galicia donde tienes abandonados hace tanto tiempo tus prados, tus bienes, tu mujer y tus hijos?

—¿Los fillos? Ya se cuida el cura de ellos, y no tengo queja. Hace seis años dejé tres, y ya tengo ocho y vísporas, según me escribe la Robustiana. Con que ya ve usted que no hago mucha falta por allí.

Un labriego soñó que estaba hablando con el apóstol Santiago.

—¿Quieres mil duros?—le decía éste enseñándole un paquete de billetes de Banco.

—¡Oh! Sí, señor.

—¿Los quieres en oro ó en billetes?

—En oro.

—Pues espera, que voy á cambiar.

En esto despertó el labriego, y dijo lanzando un suspiro:

—¡Ojalá los hubiera tomado en billetes!



Los crímenes del Carlismo

(CONTINUACION)

mos, hasta que el bandido-cabecilla le dió la triste celebridad que hoy tiene." Horroriza leer esto.

Rosa Samaniego, como todos los criminales de su laya, era un cobarde; apenas sostuvo encuentros con las tropas; no se le vió nunca en el puesto del peligro; dejaba á sus gentes en él y se quedaba á retaguardia, cuando no se colocaba á gran distancia. Su miedo aumentaba prodigiosamente ante el solo nombre del *Cojo de Cirauqui*.

LOS PROTECTORES DE ROSA

En Septiembre de 1875 Rosa se vió obligado á abandonar su partida; su cobardía en la acción de Biurrum había indignado á los suyos; además varios carlistas importantes pidieron su destitución á D. Carlos, y éste no pudo sostener por más tiempo á su querido amigo.

Huyó el criminal á Francia, y D.^a Margarita, esposa del que lo había utilizado para satisfacer pasiones miserables y rencores de rufián, le socorrió y lo recomendó eficazmente á los legitimistas de Bélgica. Y estos *dilettantis* del bandolerismo, estos gomosos del crimen lo acogieron y atendieron durante algún tiempo, distinguiéndose las señoras católicas en tan hermosa y sublime obra de caridad.

Para el partido católico aquel infame asesino era un héroe, siendo así que, comparados con él José María, Diego Corrientes, Jaime el Barbudo y los siete niños de Eclija, tenían derecho á que les erigiéramos una estatua por valientes, por nobles, por honrados...

Y es que en el carlismo (con raras excepciones) todos son iguales. Todos, sí. De no serlo ¿cómo habrían consentido que el asesino comensal de D. Carlos ostentase el grado y llevase el uniforme de teniente coronel de caballería? ¿Cómo nadie se atrevió á arrancarle aquellas insignias que deshonraba, ó se arrancó las suyas por no figurar como compañero de aquel hombre, espuma asquerosa del mar del crimen? ¿Cómo no hubo siquiera un carlista que rehusara sentarse á la mesa de su rey, sabiendo que el bandido aquel se había sentado? Fuese por servilismo ó por falta de valor, todos los que transigieron en Estella con el favorito de D. Carlos quedaron igualmente deshonrados.

EXTRACTO DEL PROCESO FORMADO CONTRA ROSA SAMANIEGO Y CONSORTES (I)

«Mandadas formar estas diligencias en 26 de Octubre de 1874 por disposición

del Excmo Sr. Teniente general D. Manuel Laserna, que mandaba en jefe el Ejército del Norte, dió principio su instrucción en el mismo día, actuando como fiscal el teniente coronel D. Juan Florán, y como secretario el teniente del regimiento Infantería de Castrejana (hoy Reina) D. Claudio Alonso y Gutiérrez.

«La voz pública, que con insistencia acusaba á Rosa y á los individuos de su partida de haber arrojado á muchas personas de ambos sexos y de distintas edades, muertas ó vivas, á una sima llamada de Igúzquiza, sita en las cercanías de Estella, movió al Excmo Sr. General nombrado á ordenar la instrucción de este sumario.

«Desde luego se comprende, y de los autos resulta, que hallándose los carlistas posesionados de Estella y de los demás pueblos de su vecindad, no había de ser empresa muy fácil poder encontrar un número crecido de personas que declarasen como testigos presenciales de unos hechos que por su índole especial han debido pasar, en la mayor parte de los casos, entre las víctimas y sus verdugos, sin que hubiera más espectadores. Pero, si bien es cierto que la mayor parte de los testigos lo son de referencia, también lo es que existen entre ellos algunas víctimas, como D. Gonzalo Pereira y Carasa, Eleuterio Sanz, Andrés Balín, María Santos, José María Amado y Paulina Osés; individuos que han servido en la partida de Rosa, como Melchor Agucáz, Nemesio Maestre y Pedro Echevarría; ó han presenciado algunos hechos, como D. Ramón Moneo; y, por último, otros que, sin presenciar las ejecuciones, han recogido de Rosa, *Jergón*, *Ratón* y otros partidarios la confesión de diferentes crímenes cometidos por ellos, vanagloriándose por sus horribles hazañas; tales son, entre otros, D. Juan Ucaz y Jiménez, Babil, Vicente Lizalde, Ramón Cabero, Juan Chavarri y D.^a Dolores Aramendia.

«Cuarenta y dos personas han declarado, y todas ellas, excepción hecha de D. Andrés Salito y Juan García Ochoa, manifiestan haber oído referir hechos diferentes ó iguales, atribuyendo la comisión de crímenes sin cuento á Rosa Samaniego y su gente.

«Doña Francisca Bustamante, al folio 2, acusa á Rosa de la muerte de Sebastián Zubeldia, su marido, á quien arrojó á la sima, y Pedro Clasco, al número 35, dice que así sucedió. Eleuterio Sanz y Andrés Balín, folios 16 y 19, ambos vueltos, presos en Estella, han oído hablar á sus compañeros de cárcel de la muerte (en la sima) de un alguacil de Pamplona.

«José María Amado, preso como los anteriores, oyó referir que á un soldado

de Cazadores prisionero le arrojaron á la sima.

«Ramón Carizo, al folio 33, sabe de voz pública que los arrojados á la sima pasan de ciento cincuenta.

«Don Joaquín Pastor, folio 37, recuerda la muerte de dos vecinos de Lumbier que fueron arrojados vivos por Rosa al río Bragón, con piedras atadas al cuerpo, y que, habiendo hecho preso el mismo Rosa á un amigo suyo, diciéndole éste que ya sabía la suerte que le esperaba en sus manos, pero como amigo le suplicaba que no le hiciese padecer mucho, le contestó: «Voy á darte gusto»; y asestandole una puñalada en el pecho, lo dejó cadáver.

«...Que Rosa y su partida son el terror de la gente del país, por los horrorosos hechos que cometen, sirviéndose de la ya citada sima para arrojar en ella á sus víctimas.

«María Santos y Paulina Osés, á los folios 66 y 67, ambos vueltos, declaran que, detenidas por el cabecilla, recibieron cincuenta palos por llevar aguardiente á las tropas, *habiéndolas forzado antes de apalearlas*.

«Las deposiciones de Melchor Agucáz, Nemesio Maestre y Pedro Echevarría, obrantes á los folios 105, 108 y 112, dan cuenta de un crecido número de crímenes por haber asistido á su ejecución, como individuos de la partida de Rosa, hallándose entre sus víctimas, cuyos nombres en muchos casos desconocen, dos muchachos aragoneses, á los que mandó fusilar Rosa; un anciano, al cual, después de maltratado, lo mató de un tiro un partidario llamado Demetrio; un vecino de Estella, á quien apalearon hasta dejarlo muerto; cinco individuos que fueron arrojados al Ega atados con cuerdas, y cuyos cadáveres salieron á flor de agua algunos días más tarde; un hombre de edad arrojado también al mismo río y rematado á tiros después de caer en el agua; un paisano de la Améscoa muerto á tiros por los partidarios Joaquín Sanz y Aniceto, y precipitado después á la sima de Loguir; dos muchachas jóvenes, después de cortarles el pelo y de violadas, fueron muertas á tiros por *Jergón* y otros partidarios, y arrojados sus cadáveres á la sima; dos paisanos de Genevilla y uno de Villatuerta, llamado Hipólito, que sufrieron la misma suerte; dos muchachos, uno de Villatuerta y otro de Cirauqui, arrojados también á la sima; un paisano de Aldeanueva y cinco más, entre ellos el pregonero de Estella, que

(Continuará.)

(1) *Historia contemporánea*.—Pirala, tomo V, página 637.—Apéndice: documentos.

(FOLLETÓN 39.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR
OFFENBACH

designarse á sí mismos) imaginarse lo del mazapán, y mucho menos si el bautismal es de esa misma pasta de que están hechas las culebras de que por Navidad se ve llenas las confiterías en España y que, cuando el recién nacido pueda gustar de ella, seguramente estará petrificada.

—Pues si este cura (dijo el periodista señalando para nosotros) no entiende lo del mazapán, esté cierto de que otros curas no sólo lo entienden sino que se lo comen sin dar tiempo á que empiece á endurecerse.

Y daremos fin á este capítulo advirtiéndole que las damas no están excluidas de las distinciones que el monarca otorga; pues, además de una orden insigne, la de la insigne María Luisa, hay para ellas una solemnidad semejante á aquella en que los caballeros se cubren por primera vez delante del rey. Sólo que las damas no se cubren, sino que se sientan muldamente cuando el rey les dice: «¡sentaos!», acto que se llama «tomar la almohada.» Lo cual muestra cómo cambian los tiempos, porque antiguamente, cuando un rey quería honrar á una dama, le daba un lecho y le decía: «¡acostaos!»

CAPÍTULO XXII

QUE TRATA SOMERAMENTE DE LA LITERATURA QUE MÁS FLORECE EN LA MONARQUÍA ESPAÑOLA.

Indudablemente, la literatura que priva en el reino de España es la funeraria. Así, lo más leído de los periódicos son las esquelas de defunción que toda familia decente y muchas otras hacen insertar en ellos, pudiendo decirse de los más importantes diarios de la monarquía, sobre todo en provincias, que viven, como los sepultureros, de los muertos, pues su principal ingreso está en esas esquelas por las que llevan un sentido; y si ha de constar que el difunto se despidió (naturalmente, por telégrafo) del Santo Padre, y que el Santo Padre le envió (también por telégrafo) su santa bendición, entonces llevan sentido y medio. Luego los periódicos son destinados á varios usos, y nada más frecuente que ver un buen chorizo ú

otro embutido igualmente sabroso envuelto en el inmenso dolor en que la muerte de un opulento ciudadano ha dejado sumidos á sus herederos: siendo lo más curioso, que las esquelas de que se trata van encabezadas con una cruz y los españoles, más todavía que en funciones de comer, usan los periódicos en las diametralmente opuestas. Y la verdad es que parece que el signo de nuestra redención había de estar naturalmente reñido con ciertos menesteres y cosas naturales, aunque por lo visto no lo crean así aquellos cristianos.

También es costumbre insertar en los periódicos esquelas de funeral y de cabo de año; y como hay descendientes, sucesores y herederos tan cariñosos y agradecidos, que no sólo tienen continuamente al difunto en la memoria, sino que se empeñan en que también lo tenga el público, resulta que, por cada epidemia de gripe ú otra dolencia de tono que haya una vez, después hay, durante varios años, por el mismo tiempo, otra de esquelas fúnebres.

Es realmente singular que habiendo tenido antiguamente la monarquía española, como tuvo, una literatura picaresca muy notable, ahora, que aquellos indigenas son más jaraneros y bromistas, prevalezca allí, como queda dicho, la funeraria, no constituida únicamente por las esquelas de que hemos hablado, sino también por las novelas, dramas, cuentos y artículos de más aceptación entre los señores del reino. Porque en cuanto uno de estos da con un joven imberbe capaz de coger una pluma y garrapatear con ella algún dolor ó dolencia, al punto lo protege con un destino, acta de diputado, comisión ó cosa así, y el joven se entrega para él á la grata tarea de hacer llorar á sus conciudadanos, tal vez porque de hacerlos reír, y también rabiarse, ya se sabe que están encargados los mencionados señores.

Aun entre los autores que no cultivan el género tétrico nótese la ausencia del elemento cómico. Hay, es cierto, escritores festivos y de mérito, pero su labor no es de gran aliento. Articulitos en los periódicos y obras de género chico en los teatros y alguna que otra comedia de costumbres; esto es todo. Y, si publican libros, estos no son más que colecciones de aquellos artículos.

Por lo demás en España existen aventajados escritores. Tal es, por ejemplo, uno á quien nuestro amigo el periodista llama Agamenon, no sólo por ser también, como el rey de Argos, padre de una Electra, sino por

haberse puesto recientemente á la cabeza de los griegos para caer sobre Troya (para nuestro amigo Troya es la situación monárquica, y griegos los republicanos), cabalmente al revés de lo hecho por otro señalado autor de aquella monarquía, el que, habiéndose mantenido y aun significado durante toda su vida política del lado antidinástico, vino á hacerse dinástico siendo ya un setentón ó poco menos.

—La verdad es, nos decía nuestro amigo el periodista, que se le puede decir lo que á Richardson, el autor de Clarisa Harlowe; que «no valía la pena de haber sostenido durante cinco tomos la virtud de la heroína para hacerla caer en el sexto».

Por lo demás, el ramo en que sobresale este autor, hombre matemático y científico, que lo mismo pone en verso el cuadrado de la hipotenusa que la extracción de raíces y raigones, es el dramático, sin duda por haber visto ó creído ver que en el teatro la acción principal se reduce al desarrollo de un binomio en el que se ha interpolado ó se trata de interpolar un tercer término. Con esto, y el acierto singular con que tituló algunas de sus obras hizo famoso en poco tiempo. A una, por ejemplo, le dió el título de «O locura ó santidad», y por si don Lorenzo, el protagonista, era un hombre extremadamente bueno ó si estaba rematadamente loco, el público se dividió en dos bandos que sostenían polémicas acaloradas y ruidosas. Hubiérala titulado «D. Lorenzo el imbécil», y todo el mundo habría pensado igual desde el primer momento; todos los espectadores se habrían dicho: «¡qué bien pinta los tontos este autor!»; pero el éxito no había sido entonces de mucha resonancia. A otra, en lugar de titularla franca y propiamente en buen castellano, «El gran alcahuete», con lo cual la gente se habría abstenido, por mogigatería, de ir á verla, la llamó en italiano de la Edad Media «El gran galeoto» y el público acudió presuroso á ver qué era aquello, sospechando no más si se trataría de algún empedernido criminal de los que los españoles llaman galeotes.

El Sr. Pérez Galdós, que así se llama el primero de los dos autores á que nos hemos referido, escribe para el ferrocarril (novelas) con más abundancia y fortuna que para el teatro; pero ni en una cosa ni otra despunta en el empleo ó manejo de lo cómico; y lo que es del otro autor, el Sr. Echegaray (José), puede decirse que es el